

POBLADOS, RUTAS Y ARTE RUPESTRE PRECOLOMBINOS DE ARICA: DESCRIPCIÓN Y ANÁLISIS DE SISTEMA DE ORGANIZACIÓN*

Iván Muñoz y Luis Briones**

RESUMEN

El presente trabajo aborda la descripción y análisis de poblados, rutas, y arte rupestre correspondientes a diferentes períodos precolombinos, con la idea de reconstruir procesos económicos y sociales de las poblaciones que habitaron los valles desérticos de Arica. El artículo presenta un enfoque descriptivo de las evidencias para luego interrelacionar rutas, en combinación con arte rupestre y poblados. En este contexto, se han definido vías que atraviesan los distintos ecosistemas del extremo norte de Chile, las que se hallan vinculadas a diferentes manifestaciones de arte rupestre, llámese pictografías, petroglifos y geoglifos.

El trabajo finaliza con la discusión de algunas figuras de arte rupestre y su significación en el contexto del espacio en que fueron creadas.

ABSTRACT

This study encompasses a description and analysis of habitation sites, trails, and rock art of the populations who inhabited the desert valleys of Arica during various precolumbian periods in order to reconstruct economic and social processes. The article focusses upon a description of the evidence that demonstrates the interrelationship of trails with rock art and habitation sites. In this context, trails that cross through distinct ecosystems in the extreme north of Chile are identified, particularly those associated with various manifestations of rock art, specifically pictographs, petroglyphs and geoglyphs. The study concludes with a discussion of certain rock art figures and their meaning in the context of the space in which they were created.

Uno de los problemas de la investigación arqueológica es definir elementos probatorios de la presencia humana dentro de un contexto de coexistencia e interacción poblacional. En nuestra zona, a partir del modelo de complementariedad económica postulado y discutido por Murra (1972), son muchos los trabajos que han analizado aspectos sobre relaciones de complementariedad y coexistencia entre poblaciones de puna y costa. Este sistema de organización del espacio andino también ha sido estudiado por Rostworowski (1977), quien propone un modelo económico en que los contactos y las relaciones de las poblaciones andinas se habrían efectuado en un sentido longitudinal, lo cual habría originado una organización en la sierra y otra en la costa. Esta dualidad habría permitido la organización de ejes y corrientes que cimentaron las bases para el desarrollo de la cultura andina. Bajo este esquema, señala que en cada valle de la vertiente occidental de los Andes, la historia precolombina estuvo marcada por sistemas que organizaron y explotaron el espacio tanto desde una perspectiva de tipo vertical como longitudinal.

El extremo norte de Chile ofrece características muy particulares en torno al medio geográfico; señalemos que los valles costeros constituyen verdaderos “cuello de embudo”, utilizados como corredores poblacionales y de bienes desde tempranas épocas prehispánicas. Esto permitió que, en una distancia de no más de 180 km, se integraran espacios puneños de la alta cordillera andina con los valles costeros que desembocan en el Océano Pacífico. Es posible que a partir de épocas PreTiwanaku, hubiera comenzado a

* Proyecto Fondecyt 1950980

** Departamento de Arqueología y Museología. Universidad de Tarapacá. Casilla 6-D. Arica-Chile.
Recibido: Julio 1996.
Aceptado: Marzo 1998.

gestarse cierto control de los grupos altiplánicos sobre las poblaciones vallunas, con el propósito de obtener recursos complementarios tanto de valles como de la costa. Esta situación de control, en forma más marcada se mantuvo en la época Tiwanaku y posteriormente por los Incas, estos últimos organizando y articulando los espacios ecológicos, que incluía desde la costa hasta las tierras orientales (Diez de San Miguel 1567). Sin embargo, a través de los datos arqueológicos y etnohistóricos sabemos que parte de este territorio fue también ocupada por poblaciones costeras y vallunas correspondientes a los Períodos Intermedio Tardío y Tardío (1000 dC-1400 dC), las que interactuaron con las poblaciones serranas a lo largo de las cabeceras de valles, zonas propicias para asentamientos humanos agrícolas y ganaderos (Niemeyer *et al.* 1971; Núñez y Dillehay 1979; Muñoz 1986; Rostworowski 1986; Bouysse-Cassagne y Harris 1987; Schiappacasse *et al.* 1989; Rivera 1991; Hidalgo 1996, entre otros).

Este trabajo, presentado a manera de ensayo, se fundamenta en una serie de evidencias de poblados, rutas y arte rupestre, y tiene como objetivo articular estos hallazgos, con el propósito de conocer las estructuras organizativas y mecanismos de adaptación e interrelación de las sociedades prehispánicas que habitaron los valles de Arica.

En el contexto del arte rupestre se analiza con algunos ejemplos, especialmente de geoglifos, la función que éste pudo haber tenido en torno al tráfico regional y su relación con el espacio en donde fueron diseñados. En el marco del análisis de imágenes y lectura, se discute el simbolismo de tres figuras, que alcanzaron gran connotación en las expresiones artísticas de las sociedades andinas del extremo norte de Chile.

El texto resume la experiencia de los autores, investigadores que han dedicado más de 20 años a observar antropológicamente el comportamiento humano del pasado y presente, en este complejo pero bello espacio, como son los valles occidentales del extremo norte de Chile. Nuestro propósito es discutir una interpretación coherente y sistémica del hombre adaptado al desierto; para esto hemos utilizado las fuentes arqueológicas e históricas, pero de manera especial, nuestra experiencia como personas que han nacido y vivido en estos territorios.

1. EVIDENCIAS CULTURALES: Poblados

Las evidencias que hemos tomado para desarrollar este capítulo corresponden a asentamientos del Período Intermedio Tardío (Desarrollo Regional) y Tardío (Inca), hallados en los valles desérticos de la sierra y costa de Arica. Analizaremos los poblados como unidades sistémicas. Entendemos como unidades sistémicas un conjunto de hallazgos que se interrelacionan en un espacio, representando testimonios de procesos económicos y sociales y cuyos actores fueron poblaciones de origen costero y serrano. Se presenta una síntesis por unidades de los poblados enclavados en el altiplano y los valles serranos y costeros.

1.1. Puna

En los sectores de mayor altura del altiplano ariqueño, 3800-4500 msnm, en Tacora, Caquena y Chungará (Figura 1, A-1, 2, 3) hemos reconocido evidencias de tambos y caminos que comunican este sector con el altiplano meridional de Bolivia y con la provincia de Tarata en el extremo sur de Perú (Muñoz y Chacama 1991). Los tambos se caracterizan por muros de doble hilada de piedra, los recintos son de forma rectangular adosados uno al lado de otro, las piedras están unidas por arcilla traída de los bofedales, de un color blanquecino. La cerámica hallada en la superficie de los recintos corresponde a los estilos negro sobre rojo, variante de la cerámica Chilpe; además de la alfarería Saxamar, características de las ocupa-

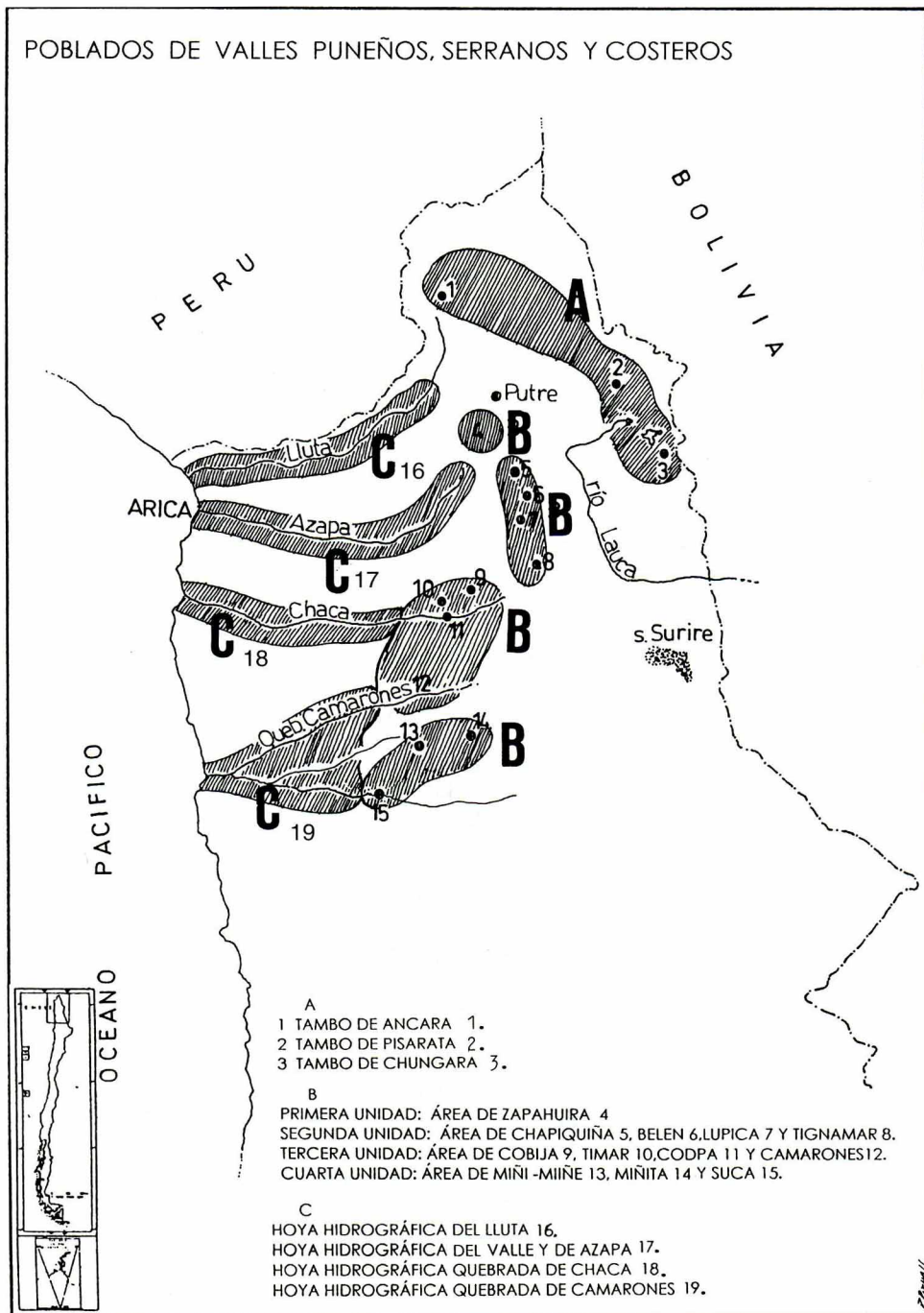


Figura 1.

ciones incas. Algunos fragmentos de alfarería esmaltada y torneada hacen suponer que estos tambos fueron construidos en época indígena-hispana (Muñoz y Chacama 1988).

Los caminos troperos visualizados en este sector del altiplano relacionan el tambo de Caquena o Pisarata con los poblados de Sajama y Turco y los *chulpares* del Lauca, estructuras arquitectónicas funerarias enclavadas en el altiplano meridional boliviano (Gisbert *et al.* 1991). A su vez la rutas que pasan por el tambo de Tacora se dirigen hacia la serranía de Tarata por el Norte, bajando hacia la costa por las hoyas de los ríos Lluta (Chile) y Caplina (Perú).

1.2. Los valles serranos

En este amplio espacio, que involucra cabeceras de valles y sierra, entre los 3.500 a 2.800 msnm., se hallan varios asentamientos humanos que se distribuyen en las cabeceras de los valles, desde Zapahuira por el norte hasta Miñita por el sur, en una extensión horizontal de 150 km (Muñoz y Chacama 1991). La gran apetencia por ocupar este espacio geográfico obedeció, entre otras razones, al uso y control de los recursos hídricos, los que en una zona desértica como los valles del extremo norte de Chile adquieren una gran relevancia. Por otro lado, controlaron los movimientos humanos generados a través del tráfico de caravanas conformadas por hombres, animales y bienes, que iban y venían desde el altiplano hacia la costa del Pacífico con el propósito de intercambiar y obtener materias primas y recursos alimentarios, tanto marítimos como de valles costeros (Núñez 1976).

La primera unidad de poblados ubicados en la sierra de Arica, de norte a sur, constituye el área de Zapahuira (Figura 1, B-4). Allí encontramos poblados preinkas tales como Chapicollo, Huaycuta, Copaquilla, los que se caracterizan por estar ubicados en lugares estratégicos sobre peñones y cerros de difícil acceso. Las estructuras habitacionales se caracterizan por tener formas rectangulares y circulares. Estos asentamientos continuaron siendo ocupados durante la influencia incaica por las poblaciones locales, construyéndose además, los tambos Zapahuira 1 y 2 que cumplieron la función de almacenar la producción agrícola. Durante esta influencia se mejoró la red vial que atraviesa la pampa de Zapahuira, implantándose sectores de entrada y salida de los poblados.

La segunda unidad (Figura 1, B-5, 6, 7 y 8,) corresponde a los poblados que se ubican en el área de Chapiquiña, Belén y Tignamar; éstos corresponden a los poblados de Laco Alto, Cailloma, Huaihuarane, Trigalpampa, Incaullo, Ancopachane, Lupica, Saxamar. Ocupan lugares igualmente estratégicos, constituyéndose los de Huaihuarane y Saxamar como los que presentan mayor cantidad de estructuras habitacionales para la sierra de Arica. Las formas de éstas son circular y semi rectangular, con espacios ceremoniales (plaza) y lugares de enterramiento, los que actualmente se hallan muy destruidos, como las *chulpas* en el sector de Cailloma (Dauelsberg 1983).

Un aspecto interesante de esta unidad de poblados es su cronología relativamente tardía, después del 1400 años dC. Estos antecedentes cronológicos, sumados a la presencia de trazos del camino del Inka (Ruta 1, Precordillerana), avalarían la influencia en estos valles serranos por parte del Tawantinsuyo. Otro aspecto a considerar en el área es la presencia de aleros, algunos de los cuales presentan pinturas rupestres. Éstos han sido reocupados a través del tiempo como refugio de cazadores y posteriormente de pastores; incluso actualmente siguen siendo utilizados por los pastores serranos.

La tercera unidad (Figura 1, B-9, 10, 11 y 12) constituiría el área de Cobija, Timar, Codpa y Camarones, que se hallan distribuidas a partir del eje del cerro Márquez hacia el sur, hasta el cañón de Camarones. Aquí se encuentran los poblados de Cobija 1 y 2, Timar, Incauta, Vila-Vila 1-2, Mollegrande 1, Tambo Mollegrande 2, Cachicoca, Tambo Cerro Blanco, Sahuara, Esquiña, Pachica, Sabaipubro, Huancarane y Taltape. Algunos de estos poblados se caracterizan por haber sido ocupados varios cientos de años, lo que involucró

desde los Desarrollos Regionales, posteriormente el Inka, alcanzando incluso el período indígena europeo. Las estructuras de los poblados son de forma circular y rectangular, caracterizándose por estar enclavados en cerros abruptos o en lomajes estratégicos. Presentan una sectorización de los espacios, caracterizados por plazas, pozos de almacenaje, cementerios y en algunos casos como Incauta y Mollegrande, la construcción de “*tambos*”, que tienen paredes de doble hilada de piedra y estructuras de forma rectangular. Un aspecto interesante desde el punto de vista ceremonial, lo constituyen las evidencias de restos de un posible “*usño*” ubicado en el centro de una plaza en el poblado de Saguara, y restos de un probable “*intihuatana*” estructurada en la cima de un promontorio que se ubica en el centro del asentamiento de Incauta. En esta unidad se hallan también trazos empedrados relacionados con el camino del inka y senderos secundarios que atraviesan el área en dirección hacia el valle de Codpa o hacia el sector alto de Umirpa (Muñoz *et al.* 1987; Niemeyer *et al.* 1971).

La cuarta unidad (Figura 1, B-13, 14 y 15) la constituye la quebrada de Miñe-Miñe y Suca. En este sector se localiza el poblado de Miñita que presenta varios períodos de ocupación (desde Tiwanaku al Colonial). Sus estructuras habitacionales tienen forma oval y rectangular, las tumbas se caracterizan por tener formas de “*cistas*” y “*chulpas*”, estas últimas construidas en las laderas del valle, tanto en barro como en piedra. En algunos sectores se hallan espacios ceremoniales a manera de “*kanchas*”; otros espacios están determinados por depósitos donde se guardó la producción agrícola. Un aspecto interesante de este poblado es la influencia hispana, la que construyó un templo cristiano en el mismo sector en donde estaban las “*chulpas*” de barro asociadas a la influencia Inka (Muñoz y Rocha 1997). Con respecto a los senderos principales o camino Inka, éstos conectan el sector de Miñita con los poblados que se ubican en la hoya de Camarones, y también con los asentamientos de la puna y la costa.

Dos aspectos interesantes que resaltan en esta cuarta unidad son el poblado de Miñe Miñe 2, vinculado con la influencia Tiwanaku y los petroglifos de Suca y Liga. Éstos presentan variados motivos vinculados con caravanas y el tráfico regional. La alfarería encontrada en estas cuatro unidades de asentamiento se caracteriza por el estilo negro sobre rojo en sus variantes Chilpe, Saxamar, engobes rojos, agregándose la cerámica local compuesta por pastas rojas, gris y café. En este contexto también se hallan en menor proporción cerámicas de origen costero, como San Miguel, Pocoma y Gentilar y fragmentos de cerámica vinculados a estilos inka imperial o cuzqueño, como los aríbalos, que presentan profusa policromía.

1.3. Los valles costeros

Entre la costa y las cabeceras de valles (2.000 msnm) encontramos varias hoyas hidrográficas: Lluta, Azapa, Chaca y Camarones, que cruzan un árido desierto y, en su curso medio, se transforman en valles y quebradas que desembocan en el mar, algunas de ellas en forma intermitente. La costa y en especial las desembocaduras de ríos, fueron ecosistemas ampliamente explotados por las poblaciones desde hace 9000 a.p. (Muñoz y Chacama 1982). Esta condición geográfica ha permitido que desde épocas muy tempranas estos valles fueran verdaderos corredores por donde se desplazaron hombres y animales en busca de la explotación de ambientes y el intercambio de productos. Por otro lado, estos espacios fueron ocupados tempranamente por poblaciones agrarias que dejaron como testimonios varios rasgos de su cultura material. Desde la perspectiva de los asentamientos humanos, los poblados se caracterizan por viviendas contruidas con piedras y cañas, las que en general mantienen formas rectangulares; presentan una estratigrafía ocupacional densa, en comparación con los escasos depósitos encontrados en los poblados de la sierra.

Se ha considerado como la primera unidad (Figura 1, C-16) el valle de Lluta. En éste, se halla una serie de poblados, tales como Mullune, Molino, Vila-Vila, Mollepampa, Ro-

sario, Huaylacán, Chacalluta y Macarena, estos dos últimos encontrados en la desembocadura del río. Las poblaciones que construyeron estos asentamientos están relacionadas con la Cultura Arica y con el Período Inka (Santoro 1995). Estos sitios se caracterizan por grandes emplazamientos funerarios y habitacionales, estos últimos construidos por muros de piedra y caña. Las construcciones se localizan en lugares de amplio dominio visual, en terrazas inmediatas a la caja del río. Los poblados presentan una planificación sectorizada en donde se destacan los lugares de enterramiento, caracterizados por fosas de tipo ampollar y tubular. Intercalan estos asentamientos, sitios con arte rupestre como lo son Chapisca, Incane, Rosario y los geoglifos cercanos a la desembocadura del valle; los senderos sorteando las dificultades geográficas enlazan a todos los poblados y sitios con manifestaciones de arte rupestre.

La segunda unidad costera (Figura 1, C-17) la constituye el valle de Azapa, a partir de su encajonamiento, en el sector de Livilcar. Aquí encontramos el poblado de Pubrisa, Chamarcusiña, Quebrada del Diablo, San Miguel (Az-8 y 9), San Lorenzo (Az-11), Alto Ramírez (Az-15), Cerro Sombrero (Az-28), Playa Miller (PLM 3, 4, 5 y 6), entre otros. En estos sitios encontramos poblados y cementerios; los primeros construidos con paredes de caña sobre peñones altos ubicados en lugares estratégicos. Fueron aldeas cuyos pobladores desarrollaron actividades agro-pesqueras. A sus difuntos los depositaron en tumbas de tipo ampollar y tubular (Dauelsberg 1960; Muñoz 1981, 1986; Espouey *et al.* 1997).

Es importante señalar que la cuenca del río San José se conecta directamente con el área de Belén en la serranía, constituyéndose en un rebalse que desemboca en el Pacífico; esta situación permitió una constante movilidad de poblaciones serranas y costeras, cuyos testimonios están dados por los numerosos senderos que cruzan la sierra y el valle y el arte rupestre que, en sus diferentes manifestaciones, se asocian directa o indirectamente a ellos (Figuras 2 y 3).

La tercera unidad (Figura 1, C-18) está dada por la quebrada de Chaca y la desembocadura de Caleta Vitor. En el curso bajo de esta quebrada hemos encontrado restos de asentamientos en el sector llamado la Angostura; allí hallamos restos de asentamiento del período Desarrollo Regional Costero (Maytas y San Miguel). Las viviendas se caracterizan por estructuras rectangulares de cañas; y los enterramientos, por tumbas encistadas. La actividad económica de estos pobladores la constituyó la agricultura y la pesca, la que se ve avalada por depósitos de almacenaje construidos en grandes túmulos de piedra y tierra.

En la desembocadura encontramos grandes basurales “conchales”, correspondientes al Período Tardío. La presencia de fauna y flora tanto de costa como de valle, indica que las poblaciones de la desembocadura usufructuaron de los recursos que les proporcionaba el medio. Sin embargo, el hallazgo de cueros y huesos de camélidos, y recursos pecuarios y agrícolas vinculados al ambiente serrano, sustentan la hipótesis de un tráfico que proporcionó productos no locales. Los senderos que se han detectado en las laderas de la quebrada reafirman las relaciones culturales que se dieron entre la costa y la serranía. Señalemos que estos senderos comunican la costa con la unidad Cobija-Camarones, incluyendo Codpa, lo cual permitió un estrecho contacto entre poblaciones costeras y de cabeceras de valles, localizadas sobre los 2.000 msnm.

La cuarta unidad (Figura 1, C-19) la constituye la quebrada y desembocadura de Camarones. Los poblados están dados por la Hacienda de Camarones, Chiza, Cuya, poblado de Punta Norte, Terraza Sur y Camarones 18. Las poblaciones emplazaron sus poblados teniendo un amplio dominio visual; construyeron sus cementerios en las laderas y terrazas de la desembocadura. El material de construcción fue la “quincha” y pircas, algunas pircadas con doble hilada de piedra. Las poblaciones que ocuparon estos asentamientos fueron agricultores de maíz y pescadores; estos últimos logrando una alta especialización como lo demuestran los antecedentes de los sitios de la desembocadura de Camarones (Muñoz 1989). Además encontramos aquí una marcada interacción poblacional generada entre poblacio-

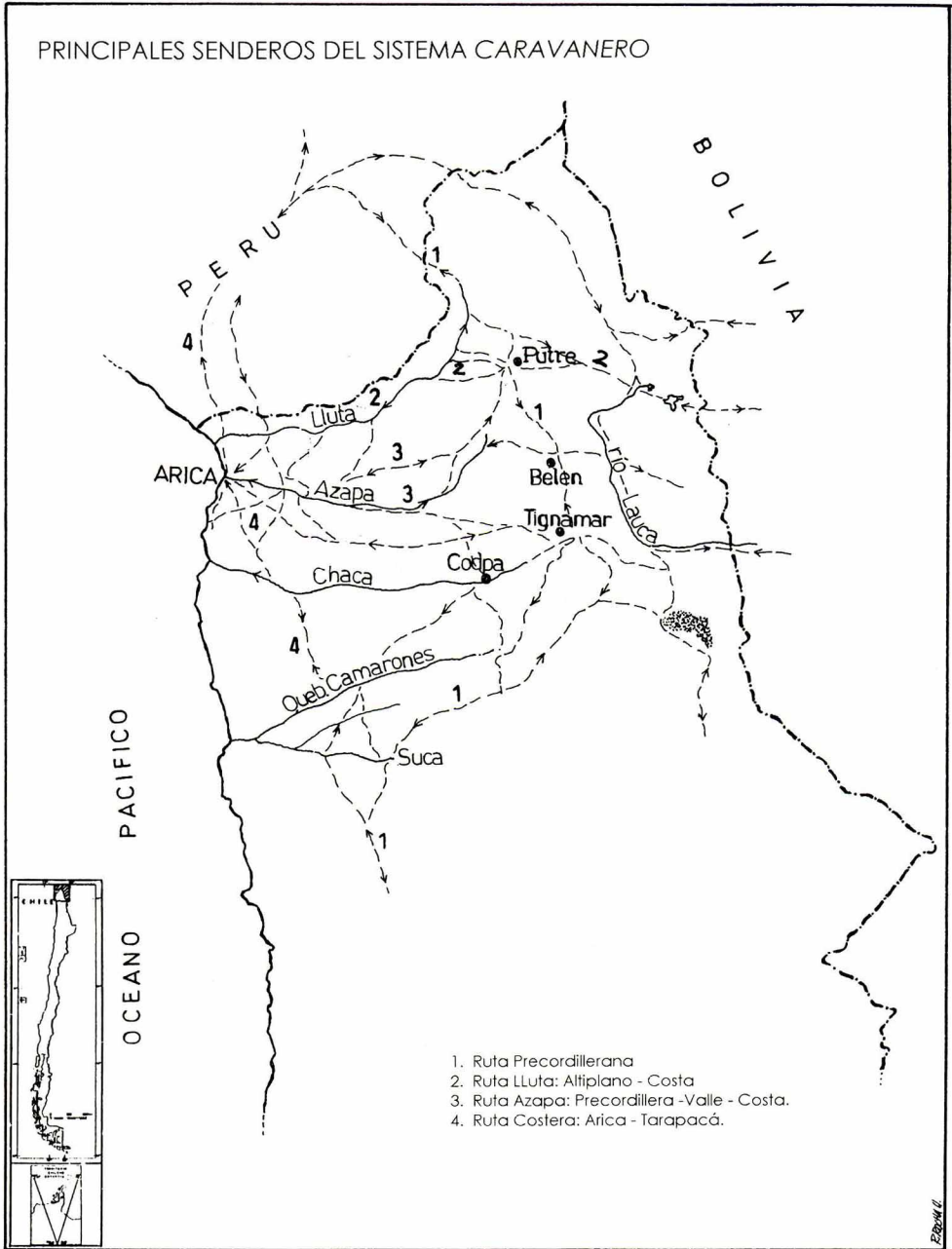


Figura 2.

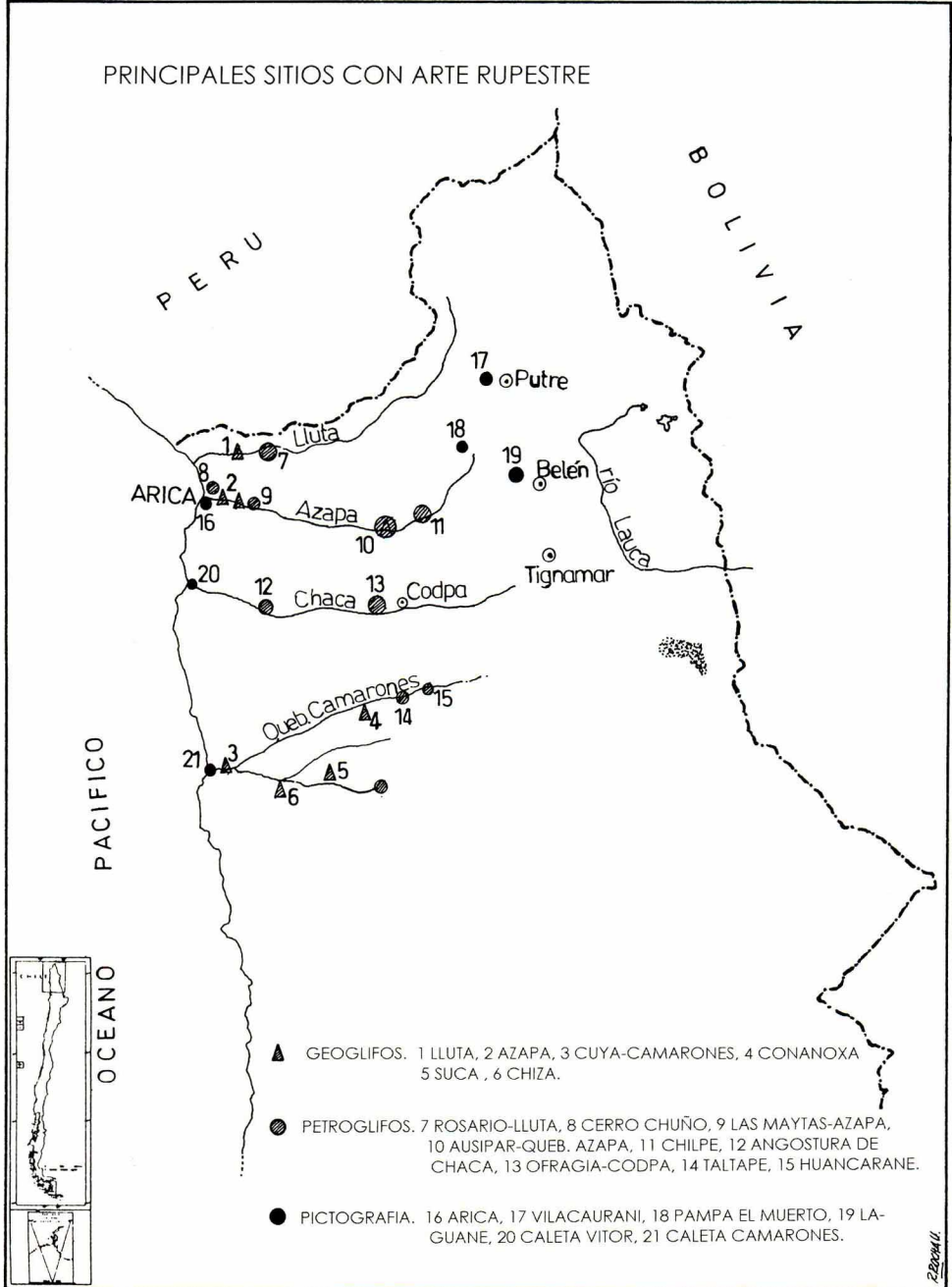


Figura 3.

nes costeras y agricultores de valles altos, lo cual implica un tráfico que se generó como consecuencia de la necesidad de complementar la producción dada en la sierra como en la costa.

Al respecto, el arribo permanente de poblaciones procedentes de los valles de Timar, Codpa, Esquiña hacia la desembocadura de Camarones generada hasta este siglo, en busca de guano y productos marítimos, explica un proceso natural de integración económica y social cuyos orígenes están desde la época prehispánica. Para afirmar esta hipótesis señalemos la presencia de numerosos senderos y sitios con arte rupestre interconectados, en muchos casos, a los poblados prehispánicos anteriormente mencionados.

Los contextos culturales, tales como cerámicas, tejidos, maderas, hallados en los sitios que se ubican en los distintos valles, caracterizan fases de la Cultura Arica. La presencia Inka a través de manufacturas locales y de procedencia cuzqueña y circumalplánica determinan claramente los dos períodos representativos del poblamiento Prehispánico Tardío, avalados cronológicamente por las fechas obtenidas de los asentamientos, que lo sitúan entre el 1000 al 1500 dC.

Discusión

Del análisis de los poblados, tanto en la sierra como en la costa, se constata el hecho que éstos están ubicados cercanos a recursos de agua, presentando un dominio estratégico del espacio. Esta situación fue determinante en el desarrollo económico que tuvieron las poblaciones que habitaron dichos asentamientos.

Por otro lado, existe una estrecha relación entre asentamientos humanos y caminos. Los poblados se ubican en lugares estratégicos, conformándose en puntos de parada de caravaneros y pastores. Los senderos tienen relación con los sectores ceremoniales y económicos de los poblados, más que con las áreas propiamente habitacionales, lo que indica la importancia de las comunicaciones en el manejo económico (reciprocidad) y de relaciones sociales (Núñez 1983; Briones y Chacama 1995).

De la misma manera, observamos que las manifestaciones de arte rupestre, como las concentraciones de petroglifos de los sitios de Ofrajá, Miñe-Miñe, Rosario, etc., están vinculadas espacialmente con los asentamientos habitacionales y a caminos que lo cruzan, demostrando con ello una estrecha vinculación entre los sistemas camineros, poblados y manifestaciones de arte rupestre (ver Capítulo Petroglifos y Geoglifos).

2. TRÁFICO INTERZONAL

2.1. Indicadores de caminos: función y conceptualización

Una reconstrucción de los diversos trazados de senderos y rutas que cubren el desierto atacameño, desde el momento en que los primeros habitantes se desplazaron por ellos, refleja cómo se fue estructurando una cada vez más compleja red vial —peatonal y animal—, donde es posible interpretar y conocer su función, temporalidad, tecnología y cultura. Estos trazados, considerados como productos culturales, contactaron y relacionaron una infinidad de puntos del paisaje desértico característico de esta región del extremo norte de Chile, demostrándonos el grado de eficiencia alcanzado por la actividad, como también el conocimiento del medio por el cual esa actividad se desarrolló. No cabe duda que la presencia humana en estos parajes dejó huellas que no sólo reflejan lo cotidiano y doméstico, sino también lo trascendental, aquello que compromete su destino, su continuidad, la vida y la muerte, lo religioso y sobrenatural (Turner 1971; Geertz 1973).

Los antecedentes posibles de recopilar como indicadores materiales asociados directa e indirectamente a rutas y tráfico caravanero son variados: senderos simples y múltiples,

definidos como del tipo “rastrillo”, “*markas*”, “*apachetas*”, “*paskanas*”, “*tambos*”, corrales, “aguadas”, expresiones de arte rupestre como pictografías, petroglifos, geoglifos y otros. Estos indicadores nos permiten conocer y explicar la necesidad que hubo de iniciar y luego acrecentar los vínculos en las relaciones económicas, sociales, políticas y culturales, que se desarrollaron en el Período Formativo, activándose en el Período Medio e Intermedio Tardío, para lograr una alta interacción en el Tardío y posterior Período de Contacto (indígena-europeo). Cada uno de estos tramos culturales fueron modificando, corrigiendo y extendiendo el sistema vial regional. Algunos de estos indicadores deben ser definidos para explicar su presencia en la región desértica del norte de Chile.

A. “*Apachetas*”. Son amontonamientos de piedras originados por la tradición votiva de los caravaneros; se ubican en el curso de los principales senderos o caminos indios. Están en directa relación con la geografía, de allí que se interpreten como “puertas de entrada o salida” al nuevo piso ecológico, al nuevo ambiente geográfico o pasaje obligado al que se enfrentará el viajero o usuario. La tradición de veneración y respeto a la “*apacheta*” se mantiene viva hasta el presente con los modernos arrieros o viajeros, y con la incorporación de los vehículos motorizados.

Una “*apacheta*” constituye el símbolo material de la “madre tierra” o “*pachamama*”, a quien se le ruega y encargan beneficios. Se trata de una relación de carácter pagano-religiosa en función del origen y destino de la caravana, de su éxito o fracaso, de la familia, el ganado, la *chacra*, etc. No están ajenas a las características del entorno geográfico y medioambiental en que se encuentran, ya que estos factores determinan, en gran medida, la ubicación de estos santuarios. Los ritos a la “*pachamama*” jugaron y juegan aún, un rol importante en relación a lo expresado y que debe influir en beneficio directo en la empresa de los caravaneros andinos (Galdames 1990).

De las *apachetas* más notables en esta región, al interior de Arica podemos mencionar la visitada por George Squier (1877) en el siglo pasado, ubicada en el punto más alto del altiplano andino, por donde cruza uno de los principales caminos indios que atraviesan la cordillera en sentido transversal, uniendo Arica y Tacna con el altiplano meridional. En el sector interior de Arica son importantes las *apachetas* del abra de Chaquira y Campanani o la de pampa El Muerto, en la sierra de Huaylillas; la “*apacheta*” del abra de Laco Alto y Copaquilla; la del Alto de Lupica que lleva a Tignamar y a la importante “*apacheta*” vigente como es la de Mollegrande, en Codpa. Estas últimas a nivel precordillerano, en el curso de lo que se reconoce como “camino Inka” que es la Ruta Precordillerana y principal (Ruta N° 1).

En el valle de Azapa, sector Alto Ramírez, se tiene antecedentes de una “*apacheta*”, la que fue excavada por Santoro y Muñoz (1981) que constituiría el primer o último eslabón de la cadena de *apachetas* que se distribuyeron en el trayecto de las rutas principales.

B. “*Markas*”. Son montículos de piedras, que cumplen un rol menor pero igualmente importante en función de indicar la orientación correcta que debe seguir el viajero, especialmente cuando se enfrenta a espacios abiertos de horizonte lejano. Estas “*markas*” jalonan la gran mayoría de los senderos que atraviesan el desierto. Se encuentran de a una o pareadas, indicando algún cambio en la topografía: una cuesta o pendiente, el cruce de un antiguo aluvión, la bifurcación del sendero, etc. De estas “*markas*” podemos nombrar las que se encuentran en el trayecto de la Ruta Precordillerana, entre la localidad de Zapahuira y Chusmiza o entre Lupica y Saxamar, al interior de Arica. Son comunes en los tramos de más al sur, particularmente en las pampas entre Camarones y el Loa y con mayor acentuación en los largos tramos de “camino indio” entre el Salar de Atacama y Copiapó (Bowman 1924).

C. Refugios o “*paskanas*”. Son pircados simples y algunos más complejos con subdivisiones, agregándose posteriormente corrales. Su distribución está por lo general de-

terminada por la cercanía a la posibilidad de agua y al sendero principal. En ocasiones estos refugios debieron ser construidos como parapetos contra los fuertes vientos característicos de la pampa, sierra o puna atacameña. En algunos lugares se identifican conjuntos de “*paskanas*” conformando campamentos transitorios o lugares de descanso para cada jornada; en otros casos, estructuras más complejas asociadas a lo que fue el aparataje administrativo del incanato como es “*chasqui huasi*” o “casa de los *chasquis*” (funcionarios encargados de llevar y traer el correo a donde fuere necesario). Este ingrediente detalla hasta qué punto se debió perfeccionar la red vial para hacer más expedita la tarea de estos “mensajeros del Inka”; los tambos en menor frecuencia, localizados en lugares estratégicos del sistema vial Inka, ejemplo de éstos es el Tambo Inca en Zapahuira e Incauta, Mollegrande (Muñoz *et al.* 1987), Chusmiza (Sanhueza 1978), Collacagua (Niemeyer 1962), todos en el marco de la Región de Tarapacá.

D. Otros rasgos culturales que se asocian a rutas y senderos lo constituyen “los tramos empedrados”, generalmente en accesos a pendientes o cuestas, en donde los animales deben sortear muchas dificultades; el sistema de “desagüe”, que son canales oblicuos muy bien construidos que cruzan diagonalmente el camino o sendero, especialmente cuando éste bordea una ladera muy inclinada y pedregosa con el objetivo de desviar las aguas de lluvia que puedan destruir el camino. Agregamos los tramos de camino delineado que, a manera de solera, lo marcan por ambos lados, especialmente cuando éstos cruzan una pampa, antes o después de un poblado o quebrada, se observan en el sector de Zapahuira, Belén y Lupica o en tramos de caminos transversales entre los diferentes puntos precordilleranos y la costa. El conjunto de estas adecuaciones al sistema caminero se atribuye a la ingeniería vial Inka (Hyslop 1992) presente en varios tramos en el desierto de la región de Tarapacá, como en su trayecto hacia el despoblado de Atacama entre la Segunda y Tercera Región.

3. RECONSTRUCCIÓN DE RUTAS PRINCIPALES

3.1. Ruta Longitudinal o Precordillerana N° 1

Esta ruta troncal se desplaza en sentido longitudinal norte-sur y es conocida como “el camino Inka”. Dauelsberg (1983), Santoro (1983), Cavagnaro (1988), Gordillo y López (1987), son autores que han hecho referencia a tramos del “camino Inka” en sectores del extremo sur del Perú y el extremo norte de Chile. Tiene dos “cauces” importantes que provienen, desde el sector de Calacoto y Matarani en el altiplano boliviano y desde Tacna en el sur peruano, enlazando diferentes poblados cordilleranos y serranos en la vertiente occidental de los Andes. Desde el valle del Caplina, uno de los senderos principales es el que se orienta en diagonal para remontar la serranía de Huaylillas y alcanzar la cuenca del Lluta por la Quebrada de Huaylas. Presenta dos posibilidades para cruzar la gran depresión y llegar a Putre y a Socoroma: una por Huaylas y otra por Puquios, esta última alternativa reutilizada desde comienzos de siglo con el acceso del ferrocarril Arica-La Paz.

Desde Socoroma hacia el sur el sendero principal presenta variantes importantes como las ya descritas: Ruta Lluta N° 2 y Ruta Azapa N° 3. Desde el sector de Zapahuira, actual asentamiento activado por la carretera internacional Arica-Tambo Quemado, el sendero se mantiene promediando la cota de los 3.000 msnm, uniendo una serie de centros poblados y otros abandonados. Los restos del “camino indio”, corregido y mejorado en algunos tramos por el continuo uso hasta el día de hoy, son evidencias de la importancia y vigencia que mantuvo por largo tiempo, previo a los asentamientos que caracterizan el Período de los Desarrollos Regionales hasta el Período Republicano, incluyendo al Inka y Colonial.

La irregularidad del terreno precordillerano hizo necesaria una implementación y mantención permanente del trazado, como se observa en el tramo Zapahuira-Pachica, en su

desplazamiento norte-sur, donde desciende a la caja del río Chapiquiña por una cuesta debidamente demarcada, y en sectores empedrada. Lo cruzan dos senderos en sentido transversal este-oeste, variantes que descienden de centros precordilleranos más altos como Murmuntani o Chapiquiña para unir el sector de Copaquilla y río Seco más al occidente, posiblemente para, desde este sector, continuar a la costa por las variantes de Lluta o Azapa.

La ruta principal continúa hasta alcanzar rápidamente Laco Alto, asentamiento con corrales y pastizales importantes y punto de cruce de otro sendero que enlaza este sector con el valle de Copaquilla. Este tramo, de una jornada de caravana, es aún usado por lugareños campesinos y pastores del sector de Chapiquiña. Poco antes de llegar a Laco Alto el sendero presenta una variante que remonta por el sur-este, un sector agrícola con aporte ganadero, e ingresa a la pampa de Chapiquiña para continuar al “abra” de Pachama, punto donde se une con el tramo principal que continúa por Laco Alto pasando por el importante poblado de Cailloma, aldea de patrón inkaico con remanentes del Desarrollo Local (Dauelsberg 1983). El tramo Chapiquiña - Pachama, de media jornada, muestra características similares al anterior tramo de Zapahuira - Laco Alto o Chapiquiña, según sea el tránsito de la caravana o tropa: el “abra” con sus dos “*markas*” define un segmento; fragmentos de cerámica sin decoración y restos de huesos menudos, son testimonios de un alto en el camino, para una merienda rápida y para el respiro o arreglo de la carga de los animales. En lo geográfico el “abra” es el paso en el perfil precordillerano al valle contiguo de Pachama; el sendero desciende la empinada cuesta sorteando el río, para cruzar el pueblo por el costado sur. Desde el período prehispánico el asentamiento de Pachama complementa sus servicios en función del sendero caravanero indio, manteniendo su vigencia en el período de ocupación hispana con el nombre de San Andrés de Pachama.

La Ruta Precordillerana N° 1 mantiene la cota de los 3.000 msnm, sorteando nuevos escollos y bifurcándose en dos variantes: una hasta el sector del actual pueblo de San Santiago de Belén; y la otra continuando hacia el sur por el “abra” de Laguane. En la primera el sendero adquiere importancia al acercarse al pueblo principal en una variante empedrada, delimitada, de un ancho de tres metros. Se trata de un emplantillado perfecto, que debió ser más largo que los cien metros de hoy día. Aluviones posteriores han destruido gran parte del sendero. En la actualidad se puede observar en este tramo “*markas*” con restos de ofrenda en relación a cultos pagano-religiosos, vinculados a la ruta y su destino o meta próxima. Un calvario católico marca el sincretismo ocurrido en función de esta ruta que une dos tradiciones culturales diferentes. La otra variante que pasa por el mencionado “abra” de Laguane, continúa por el borde de la formación precordillerana rumbo a Huaihuarani, sobrepasando los sitios de Tablatablone, Ancopachane, Chajpa e Incaullo (Dauelsberg 1983).

En el sector de Huaihuarani el sendero tiene su mejor demostración de estar conectado directamente al sitio arqueológico, penetrando por lo más alto de la aldea o *pukara*. En el sector se reconoce un espacio amplio con recintos semi rectangulares, *chulpas* vacías y, al parecer, algunos depósitos o silos. El sendero al acercarse al poblado se ensancha y conserva el amurallamiento cuidadoso, tal como se observa en Chapiquiña. Se trata de un sector arqueológico con las características de una ocupación preinka e inka, de una economía con énfasis en la actividad agrícola y ganadera (Dauelsberg 1983). El camino indio debió cumplir un rol fundamental en el desarrollo de la aldea durante toda la existencia prehispánica, para desaparecer definitivamente con la vigencia del pueblo de Belén. Este nuevo asentamiento urbano de patrón hispano, se transforma en el nuevo centro por donde se continúa distribuyendo todo el tránsito caravanero norte-sur y este-oeste. Hasta aquí, desciende un sendero importante desde el altiplano, proveniente de la zona del río Lauca y Guallatire; que se mantuvo vigente hasta mediados del presente siglo, según relatos de viajeros de la época (Manuel Mamani, antropólogo informante, 1980).

Hacia el sur de Huaihuarani, el sendero indio prehispánico desciende pasando por el costado de Trigalpampa, sitio con estructuras circulares y con antecedentes inmediatamente

posteriores al Desarrollo Regional. En Tojotojone, conocido sitio del Arcaico Temprano (Dauelsberg 1983), el trazado conserva su magnificencia dada por el inka. Se hace referencia a este sitio por la buena conservación que muestra el camino: empedrado y amurallado con su estación de reparo y descanso antes de enfrentar una cuesta medianamente abrupta. El próximo destino es la quebrada de Lupica, en un tiempo estimado en 2 horas, donde existe la posibilidad de disponer de pastos y agua de buena calidad. El sendero pasa tangencialmente por el “*pukara*” de Lupica, asentamiento humano prehispano con recursos y sustentación económica similar a los asentamientos del sector de la depresión intermedia, al sur de Putre (Figuras 1 y 2).

Parte importante del sendero caravanero Precordillerano (Ruta N° 1), remonta la geomorfología hasta alcanzar el “*abra*” que marca la separación del valle de Lupica con el valle de Saxamar, inmediatamente más al sur y a menos de una jornada de viaje. Se destaca en este tramo de sendero su excelente estado de conservación, empedrado, con desagües donde las aguas lluvias pueden deteriorar fácilmente la pendiente de la cuesta. Estos desagües son una ingeniosa solución a la erosión e interrupción del camino, lo que implica un trabajo de mantención permanente. Es posible que cada comunidad debió asumir su rol en esta materia, de allí la necesidad de establecer límites precisos, como son las “*markas*”.

El tramo Lupica - Saxamar se cubre a paso de caravana en 3 horas, hasta alcanzar el poblado de Saxamar, que se emplaza en la formación volcánica que define el pequeño valle antes de entroncar con el valle y río Tignamar. El “*pukara*” de Saxamar mantuvo su vigencia durante los Períodos Intermedio Tardío y Tardío. Los antecedentes recopilados en prospecciones realizadas en 1995-1996, verifican la existencia de más de dos variantes del sendero indio en su recorrido hacia el sur, desde el momento que traspasa el sector de Saxamar - Tignamar. Uno de altura, por Timalchaca, Umirpa, Itiza, hasta Surire, constituye una alternativa para penetrar al oriente hacia el curso del río Lauca, en territorio boliviano, o para continuar hacia el sur hasta el sector de Isluga y Colchane en pleno altiplano. Otro sendero, hacia los valles más cálidos, desciende desde la “*apacheta*” de Umirpa bordeando el cerro Márquez, para contactar diferentes poblados que se localizan en la quebrada de Codpa, como Incauta, Molle Grande, Chitita, Guañacagua, Codpa y otros. Desde este sector, un tercer sendero toma rumbo al oeste, en una variante que desciende a los valles más cálidos, anexando poblados ya en ruinas o que sobreviven, como Cobija, en la vertiente occidental de la formación Cerro Marquez, Timar y Corralane. Estos parajes fueron puntos claves para mantener un sistema vial alternativo con recursos propios, por momentos sustentables por sí mismos. Estos oasis dan posibilidad de abrir nuevas variantes de rutas en función de su destino final; unos rumbo al curso medio de la quebrada de Codpa por Guañacagua, y otros valle abajo por Cerro Blanco y el sector de Ofrajía, ambos sitios ricos en petroglifos. Otros cauces descienden hacia el ambiente costero por Cachicoca, bordeando la quebrada hasta alcanzar la Angostura en Chaca, sitio con petroglifos y pictografías alusivos a la posibilidad de recursos de agua y a la caravana, para finalmente alcanzar la desembocadura, en Vitor.

La ruta principal mantiene su nivel intermedio desde el sector de Codpa donde continúa sorteando quebradillas secas hasta el cañón del río Camarones. Las opciones son diversas, por Esquiña, Pachica, Huancarane o descendiendo, hasta la quebrada de Humayani, para llegar a la zona de Taltape o Camarones. En el curso de la quebrada de Camarones los sitios con arte rupestre, especialmente petroglifos, son numerosos y todos vinculados a los cruces o “*cuestas*” con senderos provenientes del norte. En Pampanune y Huancarane la concentración de petroglifos es importante (Niemeyer y Schiappacasse 1981), marcando un amplio sector en contacto preferentemente con senderos provenientes del norte, desde Codpa y más arriba, posiblemente Mollegrande, Incauta y Ayco (Muñoz *et al.* 1987). El sitio de Taltape (Niemeyer *et al.* 1971), ubicado al interior de lo que hoy es la hacienda de Camarones, es una zona de cruce de senderos importante.

La alternativa desde Codpa u Ofrajía, bordeando la quebrada de Umayani, es más directa para continuar la ruta al sur por la cuesta de Camarones, y superar el tramo hasta la confluencia Chiza-Suca. Desde aquí, el sendero continúa al sur unificado sin presentar importantes variables.

3.2. Ruta Transversal por Lluta N° 2

Como una forma de graficar y resumir la mecánica del desplazamiento caravanero o tropero en el extremo norte de la Región Tarapacá, se identifica la Ruta Lluta N° 2 (Figura 2). Es una alternativa vial importante que une el altiplano con la costa oceánica, en un tramo final que continúa por la desembocadura del Lluta hacia el sur, hasta alcanzar la desembocadura del río San José y la costa rocosa de Arica. Esta ruta desciende por el borde superior y por el norte de la quebrada, hasta alcanzar la costa en el sector de Gallinazos. En el tramo intermedio esta ruta presenta desvíos importantes como el que conduce a Sora y Chapisca, cerca de Molinos, por Bocanegra, Poconchile, Mollepampa, Rosario y Huaylacán, último cruce de rutas que conducen a la costa ariqueña. Algunos de estos sitios comparten relevancia por el hecho de concentrar manifestaciones de arte rupestre que, sostenemos, están en relación con el tráfico caravanero regional en sentido transversal este-oeste. Resaltamos el sector Chapisca, en el curso medio de la quebrada hacia donde convergen o divergen, según sea el circuito, dos rutas principales: la ya descrita por el alto norte del Lluta; y la otra, que recoge por el sur diversos circuitos menores provenientes del sector precordillerano: Socoroma, Zapahuira, Chapiquiña, Belén y otros poblados hoy abandonados y algunos sectores de producción agrícola, paraderos y corrales, sitios con recursos de agua y pasto y finalmente, sitios ceremoniales con expresiones rupestres, como Incani, frente al poblado de Sora.

Desde Poconchile en el Valle de Lluta, las rutas atraviesan Pampa Chuño para conectarse con Azapa por otras dos variantes; una, descendiendo por la Quebrada del Diablo, para llegar a las vertientes y poblaciones en torno a las Maytas o San Miguel y la otra, para alcanzar la aguada “El Gallito” o “Las Ánimas”, punto estratégico frente a Pampa Alto Ramírez. Se involucra en este espacio geográfico el sector de Atoka y Cerro Sombrero o Pan de Azúcar. Esta aguada está “marcada” por bloques con petroglifos, campamentos, un “gentilar” y numerosos senderos. Este sector es el paso obligado para cruzar el valle rumbo a la costa enfrentando los grandes geoglifos de Cerro Sombrero (Az-63), Cerro Sagrado (Az-18) y Atoka (Az-61). Cualquier variable que se tome, unos conducen a la costa sur de Arica frente a caleta Quiani y La Capilla o más al sur, por Anzota y Cutipa y otros, hacia el sur oeste, atravesando la quebrada de Acha, internándose a la pampa. Otra alternativa verificada por restos de corrales y asentamientos caravaneros, son los senderos que descienden por el mismo valle de Lluta desde Poconchile, para pasar por Rosario y remontar con rumbo a la costa de Arica por la variable El Gallito o Las Ánimas.

La situación del sector de Rosario también presenta un carácter similar. Aquí los petroglifos, concentrados en una cantera y algunos geoglifos en lo alto de la ladera sur, señalan, entre una de sus interpretaciones, el cruce y recepción de senderos importantes que unen el valle de Lluta con puntos intermedios del valle de Azapa, principalmente con el sector de la aguada “El Gallito” antes mencionado.

En Huaylacán, valle abajo, una serie de paneles con geoglifos complementan y articulan la actividad caravanera, en contacto directo con el sector desembocadura de valle y costa alta al sur de Arica, como son los sitios de El Laucho, La Lisera (Playa Miller), Quiani, La Capilla y otros. Es relevante observar cómo este mayor flujo de senderos se expande en toda su magnitud próximo a alcanzar la costa ariqueña, rica en recursos alimenticios y posibilidades de intercambio de productos. Un importante margen de senderos remonta Pampa Chuño por un abra perfectamente delimitada por los geoglifos del valle de Lluta

(Ruta Lluta N° 2), que llevan al caravanero al fin de la etapa a alcanzar la costa marítima y desembocadura del valle de Azapa. Ésta es una aproximación para entender el desplazamiento caravanero desde o hacia puntos que centraron importantes actividades, y de qué modo se involucraron los “mensajes” de arte rupestre expuestos en las superficies de rocas y cerros del desierto en su ambiente costero.

La red vial se hace cada vez más compleja en la medida que se incorporan nuevas variantes o cuando es reutilizada y modificada por otros grupos. Los diferentes cruces de senderos importantes provenientes de un mismo tronco vial pareciera que están coincidiendo con objetivos similares: sortear diversas dificultades que le presenta la topografía del desierto; el control y cuidado del medio de transporte disponible como lo fue la llama; el problema del tránsito caravanero, especialmente cuando se trata de sortear cuestras, barrancos o accesos a zonas de abastecimiento, etc.

Para una actividad caravanera, el manejo de animales significa resolver con antelación cada uno de los escollos que pueden alterar una jornada de viaje, cualquiera sea el momento en que se realice la empresa. Estos aspectos deben tener relación con los geoglifos y petroglifos del sector Incani en Chapisca y en la Quebrada de Chaquire. Los petroglifos dispersos grafican el contacto con una aguada o el paradero obligado vinculado a una cuestra. Estos paraderos o descansos constituyen un patrón característico de la actividad caravanera y están presentes al inicio o término de una cuestra difícil, tanto para animales como para los guías.

Una alternativa diferente en su trayecto, en su origen o destino, es la variante de la Ruta Lluta N° 2 que hace su trazado desde o hacia el sector precordillerano, cubriendo un espacio que va desde el sur de la cuenca del Lluta y la totalidad de la cuenca del San José. Las evidencias son claras para definir una ruta principal que proviniendo del altiplano, tal como se describe para la Ruta Azapa N° 3 (Figura 2), hace su acceso por Tambo Quemado, Parinacota, Las Cuevas, Putre, Socoroma, Chapicollo y otros. Si el destino de la caravana o tropa es alcanzar la costa por el valle de Lluta, los senderos remontan la sierra de Huaylillas para descender por el abra de Chaquire. Un par de indicadores de ruta dan pauta para definir su importancia; dos visibles “*apachetas*” que marcan el “abra” dan acceso a una cuestra que no termina hasta alcanzar la caja de la quebrada de Chaquire. Esta quebrada corta y abrupta, se desprende del borde oeste de la Sierra de Huaylillas para morir en el cañón del Lluta, frente al sector de Sora. Aquí el sendero entronca con otros ya descritos que descienden desde el norte y que también se describen como partes del sistema vial. Existen otras alternativas para alcanzar el valle aguas abajo por Chapisca, lugar de petroglifos, Molinos o Bocanegra, donde se encuentra con otro cauce de senderos que acceden desde Azapa, por el sector que se conoce como Cuesta del Águila, por la quebrada de Cardones. Desde Bocanegra hasta Poconchile, las alternativas fueron favorables para establecer paraderos temporales. Corrales con grandes depósitos de guano de camélidos y mulares, agua permanente en el río y la vertiente de Bocanegra; son indicadores de una intensa actividad caravanera pre y post-hispana (Figura 2).

Los antecedentes arqueológicos dan cuenta para el sector precordillerano de Zapahuira, de una intensa actividad caravanera de data preinka, marcada como una zona de tránsito obligado entre la costa y el altiplano y viceversa, en conexión a su vez, con los valles de más al norte y más al sur. La importancia radica en la activación que se genera en rutas y senderos, desde el momento en que se desarrollaron poblados, centros administrativos o de control, depósitos o *q'olcas*, *chulpas*, etc. (Muñoz *et al.* 1987). Durante el momento de la conquista y posterior Período Colonial el tráfico de arrieros y sus recuas de mulas provenientes del mineral de Potosí, rumbo al puerto de Arica y viceversa, va a cerrar un ciclo sin parangón en el comercio e intercambio —trueque— de productos, para esta región (Lopez-Beltrán y Ballesteros, ms.), tomando como base la ruta Lluta N° 2.

3.3. Ruta Transversal por Azapa N° 3

Otro de los cauces de senderos importantes que buscan alcanzar la costa de Arica desde el altiplano, son los que, en el sector de la depresión intermedia, concluyen en la vertiente del valle de Azapa (Figura 2). Retomando el cauce principal, este sendero ingresa al actual territorio chileno desde Tambo Quemado a Parinacota, para continuar por el borde del bofedal del mismo nombre hasta Las Cuevas, sector de corrales reocupados desde los primeros asentamientos humanos en la región alto andina (Santorio y Chacama 1982). El sendero continúa hacia el oeste hasta el “abra” que marca el descenso a los valles precordilleranos inmediatos de Putre y Socoroma. Éste es un amplio sector de cruce de rutas, que descienden desde el interior y continúan hacia la costa en un desplazamiento diagonal.

Una vez remontado el valle de Socoroma y el río Seco, este último constituyendo la cuenca del río San José, el sendero bordea la pampa de Zapahuira hasta el sector de Pampa el Muerto, pasando por *apachetas* y *markas*. Aquí confluye otro camino proveniente de los sectores de Chapiquiña, Belén, Laco Alto y otros poblados menores, sendero utilizado hasta hoy día. La Ruta Azapa N° 3 remonta la sierra de Huaylillas y se bifurca en dos cauces. Uno, descendiendo bruscamente al poblado de Livilcar en pleno cañón del río San José y continúa río abajo sorteando el cauce con gran dificultad hasta Potrero Grande y Pubrisa. Aquí también llega un importante sendero que desciende desde el sur de la pampa de Oxaya, de donde provienen dos senderos activados hasta el día de hoy: la ruta caravanera de Tignamar y de Codpa. Ésta es una variante de la Ruta Azapa N° 3 que continúa hacia las tierras bajas por el borde superior sur de la quebrada, con alternativas para un descenso por Cerro Pan de Azúcar, Cerro Pintado, en donde se hallan geoglifos, San Miguel, San Lorenzo y Alto Ramírez, en donde se anexa y cruza con otras variantes de rutas provenientes de la costa y del norte.

Retomando la ruta por el costado norte en Alto Livilcar, la Ruta Azapa N° 3 continúa por el borde superior de la formación Azapa atravesando la sierra de Huaylillas de este a oeste, para descender a la quebrada por Chilpe y Ausípar, ambos con evidencias de asentamiento permanente y con manifestación de arte rupestre. Los petroglifos de Ausípar, Chilpe o Pampa El Coyote, inmediatamente río arriba, señalan la posibilidad y estrecha relación que debieron mantener los caravaneros o viajeros con los caminos habilitados. Desde este sector, el acceso al valle en su curso medio-bajo y bajo se va tornando más expedito aprovechando las pequeñas pampas o terrazas que bordean la caja del río por ambos costados, pasando por Alto Cabuza, Pampa Algodonal y Sobraya hasta San Miguel de Azapa, San Lorenzo, Las Maytas, Alto Ramírez y otros ya en ambiente de litoral.

Por la “aguada” El Gallito o Las Ánimas como también se conoce, sabemos que llegan senderos desde el sector de Rosario en Lluta, sitio igualmente con petroglifos. Es interesante buscar la relación entre ambos para entender la familiaridad que se observa en muchos de los petroglifos.

Con estos antecedentes podemos entender la importancia que debió tener el sector que nos preocupa: Alto Ramírez, Las Ánimas, Atoka y Cerro Sombrero; primero, por el hecho de estar recibiendo un flujo relevante de senderos provenientes de valles vecinos de más del norte, del este, de las cabeceras y puntos intermedios de los valles, de la costa “baja” y “alta” inmediata; y, segundo, por estar directamente conectados con un sector arqueológicamente importante en el desarrollo cultural del valle, que comienza desde períodos formativos hasta la época colonial. Los senderos como abanicos se abren en 180 grados hacia la costa alta por el sur-oeste y hacia el interior por el sur-este, sorteando “abras” y “encañadas” para alcanzar el próximo paso.

Es importante resaltar además, que desde este sector del valle se halla generado un cauce de senderos importantes que reconocemos como una Ruta Longitudinal Costera que se interna en la pampa hasta unir puntos de referencia como Chaca, Camarones, Tarapacá y Pica.

3.4. Ruta Longitudinal Costera N° 4

Importantes senderos llegan al sector costero de Arica uniendo Tacna, Moquegua y Arequipa. Los antecedentes arqueológicos de Arica y Tacna establecen no sólo la relación de intercambio recíproco sino, más bien, de una fuerte interacción común y natural (Cúneo Vidal 1977; Cavagnaro 1988; Gordillo 1987). De este modo, Arica es un punto de enlace con otros centros de más al sur, como Tarapacá, Pica y San Pedro de Atacama. En este esquema podemos entender cómo se lograron superar distancias y dificultades propias del desierto tarapaqueño, hasta alcanzar Atacama la Grande.

La Ruta Costera N° 4 (Principales rutas en el sistema caravanero), desde Arica comienza su penetración hacia la pampa por las quebradas del Buitre y Acha. En el curso de ese rumbo se anexa el sendero que proviene desde Azapa por el “abra” de Atoka o Alto Ramírez. Es muy probable que estos cauces de senderos anexen los provenientes desde el valle de Lluta, por la “aguada” El Gallito. Estos cauces constituyen la ruta costera que cruza la pampa de Acha hasta el valle de Chaca. El cruce de Chaca es extenso, similar al patrón de la actual carretera panamericana (ruta A-5). En la caja del valle, una vez superada la desembocadura de la Quebrada de Garza y sobre una terraza aluvional, se conocen antecedentes de una ocupación preinka e inka, con manejo y control de una economía agrícola limitada, sujeta a los cauces de agua que descienden desde las tierras altas (Muñoz 1989). Los senderos continúan hacia el sur después de remontar el valle de Chaca, cruzando la extensa pampa del mismo nombre en un tramo aproximado de 50 km. Antes de aproximarse al profundo cañón de la quebrada de Camarones, el sendero toma variantes diferentes. Hacia el oeste para alcanzar por Cuya la desembocadura y su conexión con otros puntos de la costa. Hacia el este, con dos variantes, la primera que desciende hacia el sector de Conanoxa y continúa a la quebrada de Chiza y, la segunda, que continúa por el borde de la pampa valle arriba, para descender hasta la actual hacienda de Camarones. Aquí el sendero costero se entronca con el sendero principal proveniente del sector de Codpa y Umirpa y que describimos como la Ruta Precordillerana N° 1, en su variante por las tierras cálidas.

Taltape, la Hacienda de Camarones y Conanoxa, en el curso medio de la quebrada, son puntos de contacto con asentamientos humanos, con posibilidades de recursos alimenticios y agua. Las características geomorfológicas del cañón definieron un límite natural que se refleja en los antecedentes culturales y arqueológicos (Niemeyer *et al.* 1971). Es reconocible un comportamiento también diferente en el arte rupestre, especialmente con los geoglifos. Desde el alto sur de la quebrada de Camarones, los senderos toman direcciones diferentes según sea el destino del desplazamiento de la tropa o caravana. Unos remontan la pampa para luego descender en la quebrada de Miñe Miñe, en el sector de “aguada” con alimentos; otros, con destino al sector de confluencia de la quebrada de Chiza y Suca, donde se localiza la aguada de Chiza con antecedentes arqueológicos que confirman su uso y posible control mucho antes del contacto inka. Aquí sobresalen tres paneles con geoglifos de referentes distintos y que pueden explicar, en parte, esa posibilidad de ser un sitio de encuentro y de paso de grupos diferentes. Los restos de conchales y lasqueríos existentes en el lugar son antecedentes arqueológicos que señalan el contacto que se tiene con la costa, distante a una jornada hacia el poniente.

El tramo de sendero al sur de Camarones vía Miñe-Miñe, es una alternativa segura de abastecimiento y se asocia en la cercanía del pueblo, a una concentración de petroglifos. Debe sortear dos o tres quebradillas, entre ellas la de Miñe-Miñe y Umallani. Lo que refuerza el uso de este tramo es la cercanía de la localidad de Suca y Liga, distante una jornada más al sur. Las posibilidades de agua y alimentos les dan a estos lugares un sitio relevante. La presencia de una importante concentración de petroglifos en el sector, lo “marcan” como otro de los puntos en donde la expresión rupestre debió cumplir un rol vinculado al culto

caravanero con énfasis en lo religioso: camélidos aislados y en hileras, serpientes, lagartos, cóndores y personajes con atributos alusivos, le dan la significación a los sitios.

Desde la quebrada de Suca hacia el sur, la topografía comienza a notarse cada vez más plana y con menos recursos de agua y pastos, situación que se entiende importante en la continuidad de la caravana. El destino es alcanzar los importantes centros con recursos enclavados en el borde de la Pampa del Tamarugal como lo fueron Tarapacá y el oasis de Pica.

4. ARTE RUPESTRE: CARACTERÍSTICAS Y ESTILOS

Metodológicamente se aborda el tema desde una perspectiva global del problema, recurriendo a los primeros antecedentes que se conocen de las expresiones rupestres de la región y de qué manera éstas se vinculan al sistema vial indio en la región. El arte rupestre es el antecedente gráfico de mayor trascendencia en el mundo prehispano, que se proyecta desde el momento en que el hombre estampa la primera impresión sobre la superficie rocosa, hasta el conocimiento de la escritura. Contribuye en gran medida, a conocer sucesos históricos ocurridos, o también a penetrar en el enigma que encierra la variada y compleja iconografía presente en pictografías, petroglifos y geoglifos (Tilley 1990; Clarkson 1994; 1997, Gallardo *et al.* 1990).

4.1. Pictografías

Las pictografías están vinculadas mayoritariamente a la actividad desarrollada por cazadores especializados que ocuparon preferentemente las tierras altas, con fechados que sobrepasan los 7000 aP. Los espacios habilitados como paraderos o refugios temporales son relativamente comunes en la geografía andina, no así aquellos que cumplieron un rol en el desarrollo de la religión y el pensamiento indígena a través de lo que se puede deducir de las pictografías. Los aleros y cuevas son refugios que marcaron el inicio de una ocupación temporal, tornándose más permanente en la medida que se fueron copando dichos espacios naturales. Para los cazadores-recolectores, éstos fueron espacios elegidos por su condición y situación específica, principalmente en la posibilidad de compartir ambientes y recursos con la fauna nativa. El “cazador”, autor intelectual de las expresiones pictóricas, debió condicionar y concentrar su capacidad creadora en reproducir el modelo que lo relacionaba con su actividad básica, la caza de camélidos silvestres. También fue relevante la relación con felinos, serpientes y, en algunos casos, con la imagen del cóndor. Modelos vinculados a ritos específicos, de carácter mágico-religioso, propiciatorio, votivo. Con el sedentarismo, esa relación también se verá reflejada con el largo proceso de domesticación, al incluir en la temática alpacas y llamas.

En los alrededores de Putre, especialmente hacia el noroeste, en una cota aproximada de 3.000 msnm, se concentra una importante muestra de sitios con pinturas rupestres asociados al Arcaico Temprano (8000-6000 aC) y Arcaico Tardío (4000-1000 aC) (Santoro y Chacama 1982). Algunos sitios característicos de estas ocupaciones lo constituyen Vilacabrane, Incani, Puxuma, Piñuta, Añocarire, entre otros. El caso del alero de Vilacabrane presenta una situación no muy común por su relación con el sendero más importante en el período prehispano: Ruta Precordillerana (N° 1). Por este sector se activó un tráfico cada vez más intenso, manteniéndose vigente hasta el día de hoy.

La temática dominante son las figuras de carácter naturalista, representadas por camélidos, algunos cérvidos, felinos y figuras humanas muy esquematizadas, en una categoría menor. Los “relatos” de las pictografías reflejan las características y actitudes de los modelos reproducidos de manera fidedigna y con especial énfasis en lo que, desde nuestra

perspectiva valórica, son expresiones artísticas de primer nivel. Escenas de cazadores con artefactos e instrumentos, como lanzas, boleadoras, palos, etc.; la solidaridad y participación humana presente en la captura de animales, y otras escenas repetidas, son muestras parciales de relatos históricos inequívocos. Las pinturas policromas de Vilacabrane son el mejor ejemplo de estas observaciones.

Otro centro de localización de sitios de características muy parecidas a las anteriores, lo encontramos en las cercanías del pueblo de Belén, donde un alto número de aleros y cuevas sirvieron de hábitat a grupos de cazadores alto andinos. Algunos de estos sitios presentan restos de pintura rupestre muy alterada, como en el caso de Laguane (Ruta N° 1, Figura 2). En su interior se conservan vestigios de pictografías en rojo y negro, cubiertas con una capa de humo de color negro que se depositó en las pinturas como consecuencia de los fogones que se hicieron en el interior del alero. Estas pictografías representan figuras humanas y camélidos característicos en la región. Corresponden a la antigua tradición pictórica de los grupos cazadores alto andinos. Laguane es una cueva de tamaño regular, con un potencial de ocupación importante, reocupada hasta nuestros días, lo que ha acelerado su deterioro. Se agregan en este contexto geográfico las pictografías de Tongolaca y algunos restos en los aleros de Tangani, donde aparecen entremezcladas con algunos petroglifos (Niemeyer 1972).

En el sector de Tojotojone, al sur de Belén, se conocen varios aleros que fueron ocupados y reocupados sin mostrar un potencial cultural significativo. Sólo en uno de ellos se han detectado restos de pigmentación roja que corresponden a figuras no determinadas. El alero de Tojotojone, con un potencial estratigráfico más denso, permitió fechar material orgánico que significó conocer una ocupación vinculada a cazadores tempranos, entre los 8000 a 2000 aC (Dauelsberg 1983). Es probable que en las paredes volcánicas del alero haya existido pictografías ya desaparecidas. Inmediatamente por el sitio pasa el sendero caravanero que los lugareños conocen como “camino Inka” (Ruta N° 1).

Un tercer sector con pictografías se localiza en Pampa El Muerto, en el faldeo oriental de la serranía de Huaylillas, entre las Quebradas de Azapa y Cardones, en la cota de los 3.000-3.200 msnm, donde a lo menos se han descubierto unos veinte aleros en su mayoría con manifestaciones rupestres. El tramo Copaquilla-Alto de Livilcar se une con un marcado sendero, hoy día usado ocasionalmente por arrieros precordilleranos con ocasión del peregrinaje al Santuario de Las Peñas. Es un hecho que varios de los aleros fueron habilitados esporádicamente en tiempo histórico, pero el antecedente pictográfico señala el uso del espacio por parte de caravaneros y cazadores tardíos. Evidencias como “*apacheta*”, “*markas*”, aleros y las pictografías, dan indicios de un espacio activo por sobre los 2.000 años aC (Santoro y Chacama 1982).

Las pictografías en rojo, ocre y negro, la superposición de figuras y diferentes patrones en el diseño, tanto de la figura humana como de camélidos, respaldan la hipótesis de una larga ocupación por quienes encontraron en el sector las condiciones más favorables para superar el duro invierno andino aprovechando los pastizales y aguadas existentes en el sector Copaquilla. Nuestro análisis de estilo y temática presente en las pinturas de Pampa El Muerto, postula una primera ocupación del sector por parte de grupos cazadores especializados. El tema de la cacería en un estilo depurado, de alta recurrencia está presente en gran parte de las escenas pintadas en aleros y cuevas, desde el sur peruano hasta la puna atacameña, en la vertiente occidental de la cordillera de los Andes.

Una segunda ocupación del sector de Pampa El Muerto está clarificada en otro patrón estilístico más tosco, donde resalta la presencia de la figura humana y el uso exclusivo de pigmentación en rojo de óxido férrico. Este momento debe ser coincidente con la irrupción al escenario andino de los primeros caravaneros, compartiendo espacio con ganaderos estacionales locales, situación que puede haberse prolongado hasta el Período Tardío e Inka.

En relación a otros sitios con pictografías existentes en la región, en su extremo norte, sin constituirse en conjuntos importantes como las ya descritas, por su relación con asentamientos arqueológicos son relevantes otras pictografías que se localizan en el curso medio de los valles de Lluta, Azapa, Chaca y Camarones (Figuras 1, 2 y 3).

En el valle de Azapa en su curso medio, sobre un resto de antigua terraza aluvional muy cerca del sitio arqueológico Chilpe, entre los conglomerados que conforman la pared norte se descubrió una serie de pictografías en rojo óxido férrico (Mondaca y Díaz, comunicación personal). Son algunos ejemplos de camélidos y otras figuras en color rojo “sangre seca” y negro, muy deterioradas. Por sus rasgos tipológicos, pigmentación y temática, se emparentan con las pictografías de pampa El Muerto en la sierra de Huaylillas y, también, con los otros dos aleros que se localizan aisladamente entre el sector de Chamarcusiña y La Bocatoma, valle abajo. En ellos es posible reconocer un par de figuras de camélidos. Estos aleros están conectados por senderos que recorren la caja y los bordes de la quebrada con muchas interrupciones (prospectada por los autores entre 1985 y 1995).

En el valle de Chaca, en el sector de La Angostura, se localiza un alero con pictografías asociado a un paradero o “*paskana*”. En el lugar, la conformación geológica de la roca, por estructura y erosión generó un depósito natural que llaman “tazón”, donde es posible conservar una reserva de agua importante. La directa relación que se debe interpretar entre el significado de la pintura mural, con el entorno y la posibilidad del recurso agua, es clara. Factores naturales externos y la calidad de la policromía, hacen que su “texto” no sea legible en su totalidad. La identificación de figura de serpiente y un personaje con atuendo cefálico apuntan a respaldar dicha interpretación. Además, se debe complementar la escena, con el campo de petroglifos que se encuentra en la inmediación, a unos dos kilómetros valle arriba, en contacto directo con los senderos que descienden de una de las variantes de la Ruta N° 1, pasando por el sector de Timar y Codpa. Esta situación se debe entender en su conjunto, contrastándola con otras evidencias arqueológicas del lugar como corrales, restos de asentamientos habitacionales de patrón circular, “gentilares”, evidencias de “chacras” y algunos restos de geoglifos (Dauelsberg 1960).

En la costa al sur de Arica hasta la parte meridional de la desembocadura del río Camarones, las pictografías son escasas. Sólo se limitan a sitios aislados: La Capilla 1, Caleta Vitor, Ciciliane y Caleta Camarones. Se trata de rincones costeros, estrechos, delimitados entre el gran acantilado y el mar, en donde la naturaleza contribuyó muy poco para estimular una ocupación permanente. Las cuevas y aleros costeros fueron lugares aprovechados ocasionalmente por grupos de cazadores, pescadores y recolectores especializados para pernoctar. Algunos fueron habilitados para realizar prácticas rituales de carácter mágico-religioso, heredadas de antiguas costumbres y creencias (Muñoz y Chacama 1982; Chacama y Muñoz 1991; Van Kessel 1976).

Las pictografías que aún se conservan corresponden a imágenes similares a las que se detectan en los valles o la sierra, como es la representación de la figura del camélido, antecedente que debe ser considerado en el futuro en una evaluación más fina de análisis de sitios con arte rupestre. Sin embargo, los demás elementos son nuevos, como figuras abstractas conformadas por líneas rectas en combinaciones diversas, simples bosquejos o intentos de figuras no identificadas, soles y círculos. Es posible identificar esbozos de figura humana en relación directa con animales no definidos. Esta temática en aparente desorden estilístico e incompleta en su interrelación, difiere de la versión de tierras altas que son contextualizadas, como las escenas de cacería, de ritos alusivos a esa actividad o a animales, etc. Sin duda, pueden responder a tradiciones diferentes atravesadas por un hilo conductor que es el propio hombre. Si las pictografías de La Capilla son parte del contexto del ritual de cambio de vestimentas, cuyos testimonios más representativos son los faldellines (Chacama y Muñoz 1991), estamos en presencia de un centro ritual de importancia en el esquema de la sociedad arcaica, entre los 2000 al 700 aC.

En Vitor, en el costado sur de la desembocadura de la quebrada, debajo del acantilado costero, se localizan varias cuevas muy poco profundas en donde fue posible detectar una serie de figuras en rojo pálido, posible óxido férrico. Estas figuras muy débiles, son restos de lo que en un momento fue un panel con pictografías. El antecedente se remonta a 1975, cuando se reconoció un conjunto de líneas e intentos de representar la figura humana muy esquematizada. Algo similar es lo que encontramos en las pictografías antes mencionadas de La Capilla 1, y las que se conocen en caleta Camarones, muy cerca de la orilla del mar, debajo del cementerio Camarones 18 (Muñoz 1989).

Del sector de Camarones, al extremo sur de la Caleta, se rescataron algunas pictografías que se conservan en buenas condiciones en el techo de una de las cuevas de regular envergadura. Lo extraordinario de este panel es su coloración policroma, donde se reconoce el rojo, amarillo, ocre, verde o azul. Se trata de figuras de animales y hombres en actitud pasiva, junto a otras figuras o manchas no definidas. El ambiente húmedo y en especial oscuro, hace imposible definir mejor este caso, único entre los restos de pintura rupestre que se conocen en la costa extremo norte de Chile.

4.2. Petroglifos y Geoglifos

Con la incorporación de más grupos humanos en el escenario desértico en función de las innovaciones y complejas actividades que se generan durante el Período Formativo, entre otras Técnicas de expresión surge el grabado o petroglifo. Esta modalidad de representar la realidad cotidiana y trascendente del hombre por medio de mensajes “escritos” grabados en bajo relieve, tiene su origen en la anterior tradición pictórica, sin dejar de conocer esbozos de grabados más tempranos asociados a pictografías o en casos posteriores, de grabados que fueron coloreados con pigmentación roja o blanca, como en Ofrajía en la quebrada de Vitor o en Rosario en Lluta.

Otro tanto acontece con los geoglifos, expresiones macro que decoran las laderas de los cerros del desierto. La idea en su mecanismo de creación es diferente, pero como texto o mensaje que se intenta transmitir no debe ser distinto a las otras expresiones gráficas que fueron hechas en los textiles, cerámicas, petroglifos, etc. Hay un gran soporte para relacionar estas expresiones con el tráfico caravanero regional (Núñez 1976, 1983; Santoro y Dauelsberg 1985), pero podemos agregar algunos antecedentes que, aparte de confirmar lo planteado como hipótesis, refuerza la idea de que tanto los sitios con petroglifos como los geoglifos, señalan rumbos y sentidos que deben mantener los caravaneros en el curso de sus viajes. Esto en relación al mejor aprovechamiento de un recurso vital como el agua o del alimento y forraje necesario para soportar cada jornada, sorteando las dificultades del terreno y del clima. Es fundamental, de acuerdo a este planteamiento, entender el grado de organización que debió estar rigiendo toda la actividad caravanera, al extremo de controlar, por parte de un grupo especializado, el uso exclusivo de un determinado camino.

En el sector comprendido entre el valle de Lluta por el norte y la quebrada de Camarones por el sur (Figura 3), los sitios más importantes se localizan entre la costa y el curso medio de los valles, salvo un par de sitios de menor desarrollo que se ubican en el sector precordillerano. De norte a sur se conoce el sitio de petroglifos de Rosario, ubicado en una antigua cantera de riolita en el valle de Lluta, a 25 km de la costa. Entre los rasgos más destacados en los petroglifos del lugar, podemos mencionar el fuerte énfasis que se da a la idea de rendir culto a la tierra agrícola, al ganado, al agua, a la caza, a la caravana, al cóndor, la serpiente y también a personajes de linaje y jerarquía especial. La ubicación del sitio en un sector donde hay antecedentes de asentamiento permanente, por lo menos significativamente en el Intermedio Tardío y Tardío (Mostny 1971) nos lleva a pensar que cumplió un rol muy importante relacionado con ceremonias y cultos específicos que se reflejan en las figuras grabadas en la cantera. Llama la atención un petroglifo que por la

profundidad y ancho del grabado, el tipo de ícono representado y el antecedente de conservar restos de pigmentación roja en él, se escapa del conjunto general. Es evidente que se trata de un grabado más antiguo, posiblemente proveniente del Período Medio, con la iconografía Tiawanaku.

Continuando el cauce del Lluta, donde el ambiente es de quebrada, se conoce el sitio arqueológico de Chapisca, entre las localidades de Molinos y Sora. En el costado sur que cae perpendicular a la caja del río, se conserva parte de aleros que contenían varios conjuntos de petroglifos de muy buena factura, hoy día en franco proceso de descomposición y destrucción. Se rescatan del conjunto dos paneles que lo definen. En un panel alto, figuras de fuerte contenido simbólico de carácter emblemático, que se entremezclan con finas figuras de insectos o arácnidos, dos figuras de “alados” que reconocemos como colibríes y otros. Más hacia abajo, cerca del contacto con el antiguo piso de la terraza desaparecida, se conserva de modo imponente la figura del “sol”, lo que da nombre al sitio: Incane, “casa del sol”. Esto nos lleva a proponer que Chapisca fue un sitio de uso ceremonial con vinculación con algo más exclusivo: un culto a la divinidad “solar”, a la fertilidad agrícola y sus ciclos de desarrollo anual, todo esto en un período de fuerte énfasis en la producción de maíz, como sucedió durante el incanato. El sitio se complementa con una ocupación vecina, un “gentilar” y una conexión caminera muy importante, especialmente en el Período Tardío y posterior de Contacto Indígena-Europeo.

La situación en el valle de Azapa pareciera ser diferente, al menos por la frecuencia de sitios con manifestaciones de petroglifos que es muy significativa. Desde el sitio Cerro Chuño, ubicado en la formación del mismo nombre, en la ladera sur de la desembocadura del valle, hasta las cercanías del pueblo de Livilcar, en pleno cañón del San José, identificamos a lo menos unas diez concentraciones. Las de mayor significación, por la calidad de sus diseños y la posibilidad de establecer relaciones complementarias, son Cerro Chuño, vertiente El Gallito, Pago de Gómez, Las Ánimas, Saxamar, sector Las Maytas, San Lorenzo, Az-3, Sobraya, sector Bocatoma Paradero, Chamarcusiña, Ausípar, Chilpe, Pampa El Coyote y otros de menor connotación.

En Cerro Chuño, una cantera muy registrada y alterada, los petroglifos debieron cumplir un rol ritual en función de una actividad agrícola y también con vinculación directa al ambiente y actividad costera. Las figuras de personajes emplumados, con faldellín y báculos, camélidos aislados o en caravanas y algunas de carácter geométrico, se relacionan con elementos culturales e ideológicos del Período Medio. Otros, sin embargo, se asocian a elementos figurativos relacionados al Formativo, en especial las pequeñas figuras de pájaros costeros grabados por técnica de “puntos”, tal como se encuentran en las calabazas pirograbadas de Faldas del Morro y Az-14 (Dauelsberg 1985). Una versión de grabados más tardíos se da en las figuras de soles y animales característicos del lugar y el caso de una pieza de pesca de alta mar, probablemente albacora, con un ave marina posada sobre su lomo. Estas figuras están muy relacionadas con la tradición rupestre que se da entre los Desarrollos Locales e Inka. Durante el Período Colonial y Republicano, la cantera continuó en uso activo entregando material para infraestructura agrícola y obras de construcción diversa en el valle como en la ciudad de Arica. No tenemos antecedentes de la continuidad de uso del sitio como centro ritual o algo parecido. Lo trascendente es que en la actualidad, el sitio arqueológico está reactivado como centro de ritos o reuniones específicas, cuyos “grafitis” modernos son símbolos con mensajes alusivos a una secta religiosa. Es la continuidad asociada a una creencia religiosa determinada y a prácticas rituales que se materializa en la expresión gráfica, como los grabados prehispanos y los pictogramas modernos.

En otra perspectiva, la superposición material actual atenta y contribuye a la extinción del sitio como expresión cultural del pasado, agravado por el deterioro provocado por agentes naturales como lo son el clima húmedo y la salinidad costera.

En el curso del valle se ha detectado una infinidad de bloques dispersos sin conformar concentraciones importantes; algunos de ellos en el entorno de la vertiente El Gallito y directamente relacionados con los accesos camineros que provienen del interior.

El conjunto de geoglifos del valle de Azapa presenta en parte, una similitud con los de Lluta, en especial la presencia de las figuras humanas descritas dentro del “Estilo Lluta” (Briones 1985). Éstas se localizan en el faldeo de Cerro Sombrero y se emplazan en la cercanía de la aldea del mismo nombre (Muñoz 1981). Son de menor tamaño y escasos ejemplares, manteniéndose la técnica por adición de guijarros volcánicos que contrastan con el fondo del cerro. La presencia de estos geoglifos define una relación de contacto directo con los geoglifos que marcan el paso de los senderos caravaneros en Lluta y su penetración en sectores de gran actividad humana en el valle de Azapa, como es Cerro Sombrero y Alto Ramírez.

Los geoglifos de Cerro Sombrero son ejemplos de la más directa relación con la actividad caravanera; se trata de un conjunto que denominamos “la tropilla” y no cabe duda de que se trata de la representación de una caravana, que se dirige a la costa por el abra inmediata. Figuras de llamos dan forma a una recua acompañada por un guía y encabezada por dos personajes con atributos animalísticos o bien, dos animales con rasgos y facultades humanas que participan de un baile ritual, vinculada a la caravana. Se sabe que toda caravana de llamos avanza encabezada por una de ellas, de facultades especiales, adornada, a la que se le identifica por un cencerro sonoro, cumpliendo su rol de guía espiritual, despejando el sendero de los malos espíritus. La escena en el panel de Cerro Sombrero tiene este sentido y explicación y se entiende en el marco del tránsito caravanero que desde el interior se hacía a la costa alta al sur de Arica, a la búsqueda del preciado guano de pájaro y otros productos marítimos característicos. Esta actividad todavía era posible observarla hasta la primera mitad de este siglo, según relatos de campesinos de Socoroma (Pedro Carrasco, comunicación personal).

Otro conjunto de geoglifos es el de Cerro Sagrado, asociado a la ocupación inka en el sector de Alto Ramírez (Santoro y Muñoz 1981). La iconografía presente en el panel más llamativo está centrada en dos personajes, uno con un atuendo o tocado y la figura de un lagarto y serpiente; junto a llamos y posibles aves marinas y otros personajes menores. Los senderos pasan por el sector para alcanzar la costa sur de Arica conectándose con el sendero que sale de Atoka. A los pies del cerro se recuerda que había un gran corral hoy desaparecido; una foto captada por Junius Bird (1943) muestra los restos de un corral y otros pircados, que define como un posible altar. En un cerro vecino más al este, se observan restos de geoglifos muy alterados, y que corresponden a un patrón diferente, posiblemente preinka de difusión más amplia en el sector al sur de la quebrada de Camarones; se trata de la figura de un cóndor o personaje alado.

Volviendo a Cerro Sombrero, existen dos o tres paneles con unos escasos geoglifos; se trata de grandes figuras de camélidos —llamos— ejecutados en técnica “extractiva” y que se orientan hacia el norte; su emplazamiento está sobre la sección más elevada de la ladera del cerro, lo que los hace visibles a una mayor distancia. La identificación del ícono, el tamaño y la técnica empleada, no se ajustan al patrón predominante en los geoglifos del sector valle de Lluta y Azapa; estas diferencias nos inducen a postular un tiempo anterior al inka y aun anterior a los Desarrollos Regionales. Todo el conjunto de geoglifos de esta parte del valle, aun correspondiendo a diferentes períodos o momentos de su realización y uso, estuvieron vinculados a grupos de personas que provenían de otros sectores y ámbitos, en tránsito a la costa y su retorno. La situación ya referida de la aguada del Gallito o Las Ánimas, ubicada en el frente norte del valle, centraliza el movimiento de cualquier grupo que provenga del Lluta y del interior, destino a la costa o a la pampa para anexarse a la ruta costera. De este modo vemos cómo geoglifos y petroglifos de sitios vecinos se estrechan en relaciones de formas y mensajes simbólicos, en función de rutas y caravanas, independientes de otros significados que deben tener.



Geoglifo. Cerro Sombrero, Valle de Azapa. Figura humana y caravana.



Geoglifo. Cerro Sombrero, Valle de Azapa. Figura humana y caravana.



Geoglifo. Cerro Sagrado, Pampa Alto Ramírez, Valle de Azapa.



Geoglifo. Atoca I, Valle de Azapa. Figura de camélido.

En el curso de la quebrada de Chaca o Vitor, se rescatan tres sitios de petroglifos que se enmarcan en el esquema de rutas y senderos caravaneros: el primero en La Angostura de Chaca, sitio ya mencionado con pictografías y depósitos de recurso de agua en el curso bajo del valle. Al sector converge una serie de senderos en ambos sentidos uniendo el interior del valle con la costa, en la desembocadura de Vitor. Sobre una terraza ancha se emplaza una serie de bloques con petroglifos asociados a un “gentilar” y un asentamiento caracterizado por algunos recintos y depósitos.

Un conjunto de petroglifos, el más cercano a los restos arqueológicos, se refiere a personajes con atuendos cefálicos, otros de corte geométricos y algunos animales aislados. Otro conjunto presenta dos arqueros con gorros y una figura atípica como rostro humano. Más abajo, cerca de unos antiguos restos de andenería de cultivos —chacra—, aparecen unos bloques con petroglifos más acabados: se trata de la representación de una pequeña tropa o caravana, formada por su guía y tres llamos.

Los bloques de petroglifos continúan dispersos en su mayoría por la ladera norte, en una extensión que se enmarca entre la angostura propiamente tal y el punto valle abajo, en donde se localiza un pozo de agua y un alero con pictografías. El resto de figuras son representaciones antropomorfas, zoomorfas y geométricas, entre las que se destaca una serpiente y figuras de camarones.

En el sector medio del valle de Codpa entre las localidades de Cachicoca y Ofrajía se reconoce una activación de la expresión rupestre, especialmente conocida por los registros de petroglifos que se distribuyen en la quebrada. En el sector de Cachicoca, donde se conocen unos pozos naturales de agua, se localiza sobre la ladera sur un bloque con petroglifos con temática alusiva al rito agrícola: motivo figurativo del maíz, escenas de llamos en hilería, una pareja de animales copulando —perros— y otros elementos propios de la naturaleza. En este mismo sector se ha localizado un panel de geoglifos referente al tráfico ganadero (Mario Rivera, comunicación personal).

Sobre la terraza, en donde se emplaza la aldea prehispánica de Cachicoca, otro panel con petroglifos centra la atención con figuras antropomorfas y posibles representaciones de corrales. Destacamos que aquí ingresa un grueso sendero desde Ofrajía y Timar, lo que es la variante a la costa desde el camino o Ruta Precordillerana que continúa al sur.

Por la caja del río Codpa el cañón se hace estrecho y sin posibilidad de establecer campamentos o asentamientos. Sin embargo, tanto en Tacore como en Iguerane, en niveles altos de la pared sur se detectan algunos aleros con petroglifos; éstos son grupos de figuras humanas, una de ellas con un adorno sobre la cabeza de forma serpentiforme, símbolo referido al culto al agua. Otras serpientes y camélidos completan la escena. Se presume que estuvo condicionado para ritos y actividades muy específicas, no así como zona de tráfico ya que no hay rutas principales.

En el ensanchamiento que hace la quebrada, río arriba, se localizan los sitios más importantes del valle: Ofrajía y Cerro Blanco. Ambos concentran la variedad más relevante de figuras animales y humanas en situaciones y formas diferentes. El sitio está en el límite más al occidente en concordancia con la angostura de la quebrada, perteneciente a la comunidad principal de Codpa; también es un rincón geográfico donde se concentra el último recurso del río, que está siendo controlado desde su nacimiento a la altura del Cerro Marquez y Cerro Nora; poblados como Incauta, Molle Grande, Chitita, Guañacagua y Codpa, entre otros, mantienen su régimen y mita de agua rigurosamente. Ofrajía, así visto, puede ser considerado un espacio de tránsito, intermedio con las últimas posibilidades de obtener recursos para superar etapas más dificultosas rumbo a la costa, al sur o al norte según sea el destino de la caravana o tropa. Información etnográfica rescatada de la única familia del lugar, cuenta que agricultores en el presente siglo iban a la costa de Camarones a la búsqueda del guano de pájaro. Las tropas salían de este punto —Ofrajía— antes de emprender el largo viaje que demoraba entre ir, juntar el guano, pescar, mariscar y retornar, una semana



Pictografía. Quebrada de Ora, Chapiocollo. Figuras de camélidos (fotografía Calogero Santoro).



Petroglifo. Ofrajá, quebrada de Codpa. Figuras de camélidos.

(informantes, Familia Flores 1980). En los petroglifos de Ofrajá está presente la importancia de la caravana; el culto a la llama se resalta en varios paneles con figuras de gran tamaño y en una perfecta técnica en el grabado.

La Ruta Costera penetra a la quebrada de Camarones, luego de superar la cuesta frente al sitio Conanoxa; en este sector con dificultad se puede observar un par de geoglifos que marcan la entrada o salida a la ruta. Se trata de una figura que reconocemos como representación de una chacra, alusión vinculada a un culto agrícola. El motivo se repite en otros sitios como lo destacaremos en Chiza-Suca. La otra figura es un rombo escalonado; su importancia radica en que es el primer “rombo” que aparece en la ruta avanzando hacia el sur y es parte de un sistema de íconos que marcan circuitos caravaneros prehispánicos. Entre Camarones y el río Loa, la gran cantidad de estos íconos van a contribuir a entender en parte, algunos sistemas de rutas que fueron controlados por grupos de caravaneros del desierto tarapaqueño (Briones y Chacama, este volumen).

En la quebrada de Camarones debemos mencionar otros conjuntos de petroglifos de importancia y que se localizan en el sistema de senderos principales o secundarios. En Conanoxa, sobre una terraza en el borde sur y por donde se identifica un cruce de senderos, los petroglifos marcan un paréntesis en la ruta antes de emprender el nuevo tramo hasta Chiza. Los petroglifos de Taltape, Huancarane y Pampanune, en el curso medio de la quebrada, se vinculan a senderos que conforman en su conjunto la Ruta Precordillerana, siempre como zonas de paso o en tránsito. Estos sectores son ocupados por familias cuya supervivencia depende de una economía agropastoril, comercio y viajes.

La iconografía grabada junto con expresar actividades agropastoriles, también se refiere a conflictos comunitarios, étnicos, de propiedad, etc. Un buen ejemplo de esto lo constituye un petroglifo con pigmentación en Huancarane; allí se destacan enfrentamientos entre hombres utilizando arcos y flechas, diferenciados éstos por sus gorros (Niemeyer y Schiappacasse 1981). La mayor representación la constituyen grupos de camélidos y que interpretamos alusivos a la actividad caravanera. Pampanune, más que un poblado parece corresponder a un punto de descanso en el tránsito entre el valle y la sierra.

En el límite sur de nuestra visión global de rutas y senderos caravaneros y su asociación a sitios con arte rupestre, debemos mencionar los petroglifos que se localizan en la quebrada de Suca en el caserío del mismo nombre, y en Liga, y los geoglifos concentrados en la confluencia con Chiza. En ambos puntos la ruta costera absorbe cauces de senderos que provienen de la costa como Camarones; de Arica por el norte y del “camino indio” o Ruta Precordillerana por el noreste. Igualmente acceden senderos desde Pica y Tarapacá por el sur; del sector Pisagua Viejo por el suroeste y del sector de Camiña por el este, entre otras variantes menores. Los petroglifos en general se concentran en los puntos de la quebrada donde afloran vestigios de aguadas o vertientes: de esto se desprende la importancia que adquieren las figuras de serpientes, sapos y lagartos que se reconocen, en el ámbito andino como símbolos del agua y la fertilidad. Personajes con actitudes ritualísticas acompañan estos conjuntos. Representaciones de la caravana o grupos de llamos con sus guías, son argumentos más directos para señalar el paso de éstas por el lugar (Briones 1994).

Los geoglifos de Chiza-Suca están vinculados directamente a la Ruta Principal costera que continúa al sur y presentan un carácter más ideológico y simbólico, que indicadores de tráfico. Aquí no están presentes figuras diagnósticas como las halladas en otros sitios, tales como llamos, caravanas, guías, etc., sino que la representación de un débil rombo escalonado, un posible pájaro altiplánico, figuras de aves volando que interpretamos como cóndores, figuras antropomorfas, rectángulos, círculos y el motivo “chacra”. Los tres paneles son visualizados desde diferentes ángulos, situación aprovechada por las características del paisaje; es un sector de aguada y fue ocupado como asentamiento humano anterior a la construcción de los geoglifos los que supuestamente fueron hechos en Periodos Tardíos.

5. FUNCIÓN DEL ARTE RUPESTRE EN EL SECTOR BAJO DEL VALLE DE AZAPA Y COSTA DE ARICA: HIPÓTESIS

Dentro de lo complejo que significa discutir el significado de las manifestaciones de arte rupestre, en este capítulo sintetizaremos una serie de hipótesis que hemos discutido a lo largo de nuestras investigaciones, en torno a asentamientos humanos de tipo ceremonial y de intercambio comercial en donde en todos ellos hay evidencias de arte rupestre ya sea de tipo pictórico, petroglifos y geoglifos. La ubicación de estos asentamientos está dada en el sector bajo del valle de Azapa y costa sur de Arica; estas evidencias, desde el punto de vista de su vinculación con el tráfico, fueron discutidas en los capítulos 3 y 4 en el presente texto.

5.1. Petroglifos de Cerro Chuño

Lo constituyen una serie de figuras hechas en piedras. Según Focacci (comunicación personal), los motivos representan distintos períodos precolombinos. Así por ejemplo, las de forma alada parecen corresponder al Período Formativo; las que tienen la representación del felino tendrían relación con Tiwanaku, y las con sombrero de fez y medallones se relacionarían a la Cultura Arica. De acuerdo con el análisis, estas figuras serían *wakas* o lugares de culto. Las condiciones especiales del lugar, espacio abierto, con dominio del mar y del valle, en donde no hubo restos de ocupación humana permanente, ni caminos troperos principales, sugieren las condiciones para que haya sido un lugar ceremonial. También, es probable que haya sido un espacio donde se celebraron ciertos ritos vinculados a la agricultura. Arriaga en 1621 (1968) al describir las costumbres de los antiguos nativos americanos señala que estas piedras con dibujos eran adoratorios (*wakas*) lo cual hizo que muchas de estas figuras fuesen destruidas por los extirpadores de idolatrías.

5.2. Geoglifos de Cerro Sagrado

Están conformados por un conjunto de figuras antropomorfas y zoomorfas con forma de ave, serpiente, lagarto, camélido y de hombres. En un estudio realizado por Santoro y Muñoz (1981) en torno a la distribución espacial de los componentes de la aldea Inca Az-115, de la pampa de Alto Ramírez, señalan que pudo existir una representación dualística del espacio, definida por un eje formado entre el Cerro Sagrado, por el sur y una particular estructura de piedra, por el norte, la que fue usada como "*apacheta*" posteriormente, constituyéndose en un elemento que dividió todo el asentamiento humano en dos mitades, una hacia el este, donde se halla el emplazamiento habitacional y otra hacia el oeste en donde se halla el área productiva, compuesta por campos de cultivo y almacenaje. Esta dualidad se repite en el área de geoglifos de Cerro Sagrado donde fueron ocupados dos cerros para realizar las manifestaciones artísticas, y en el área agrícola donde los recursos de agua fueron tomados de dos vertientes: La Luna y El Gallito. Por otro lado, señalan que en la distribución de las áreas que componen el asentamiento se distinguen tres niveles estructurales: Los cerros con geoglifos y el cementerio que encerrarían la faz sagrada; los campos de cultivos y los pozos de almacenajes, representando la *pachamama*; y la aldea, el lugar donde transcurría la vida diaria y donde confluían las influencias de los otros niveles.

De este análisis se desprende que los geoglifos de Cerro Sagrado fueron un punto de referencia importante en la planificación de la aldea Inca, además de tener una connotación profundamente ceremonial (mágico-religiosa), si consideramos que los cuerpos hallados en el cementerio Inca vinculados a la aldea, estaban orientados en dirección a los geoglifos (Focacci 1981).

5.3. Geoglifo de Atoca

Está representado por la figura de un camélido construido en un cerro que constituye el límite de la pampa de Alto Ramírez con Atoca. En los faldeos de este cerro se han encontrado restos de entierros humanos cuyas ofrendas se les depositó alfarería Wari y Tiwanaku; además de entierros de llamos sacrificados. La hipótesis planteada por Muñoz y Santos (1996) señala que en este lugar pudieron haberse enterrado personajes importantes. De ello se desprende la presencia de objetos novedosos, compuestos por elementos ceramológicos de procedencia Wari-Tiwanaku; además de fragmentos de *keros* de madera con figuras del sacrificador. La presencia de camélidos sacrificados alrededor de los entierros humanos, como la construcción de un geoglifo con la figura del llamo, estructuran toda una gama de elementos rituales, los que a su vez, simbolizan todo un *status* para remarcar, tal vez, la importancia que las personas allí enterradas tuvieron en vida en términos sociales, políticos y religiosos, constituyéndose el lugar de entierro en una “*Waka*”.

5.4. Geoglifos de Cerro Sombrero

Los constituye un panel de figuras de camélidos en movimientos. Los trabajos realizados por Muñoz (1981) relacionan estos geoglifos con la aldea Cerro Sombrero (Az-28). Del análisis de este estudio se desprende que esta aldea fue un lugar donde se ejerció una fuerte actividad económica de intercambio entre grupos costeros y serranos, logrando con ello una complementariedad económica por parte de ambos grupos. La idea de que en esta aldea se estableció un fuerte intercambio, se sustenta por la presencia de los geoglifos que representan una tropilla de animales junto al pastor (ver capítulo Petroglifos y Geoglifos). Sin embargo, tenemos que tener presente que los cerros que conforman el sector —Cerro Sombrero— son de una estructura imponente, muchos de los cuales tienen representaciones de camélidos en forma aislada; esto nos hace suponer el contenido simbólico que pudo haber alcanzado este sector del valle al integrarse lo económico (tráfico e intercambio) con lo ceremonial del lugar (Cerros Huaca).

5.5. Pictografías de la Cueva de la Capilla

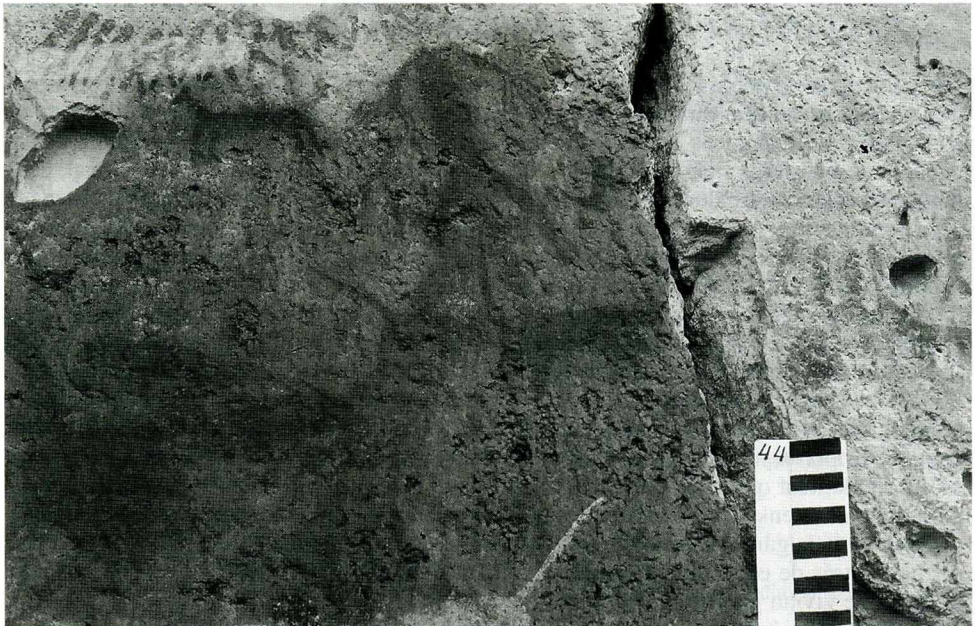
Las conforman una serie de figuras geométricas, zoomorfas y antropomorfas, pintadas de color rojo vinculadas a evidencias de faldellines sin uso y pigmentos de pintura roja, ambas evidencias halladas en estratigrafía de la cueva. De acuerdo con el trabajo presentado por Muñoz y Chacama (1982) y Chacama y Muñoz (1991), la cueva de la Capilla correspondió a un sitio de culto en donde los faldellines encontrados debieron estar relacionados con algún rito de pasaje o de iniciación que involucró esta prenda (ver capítulo Pictografías). Se plantea que esta estrecha relación entre prendas confeccionadas en fibra vegetal, las pinturas con colorantes rojos insertas en un espacio físico muy particular como lo es la cueva, reflejarían de cierta manera el cambio ideológico que se estaba gestando en la costa, a fines del 1.500 aC.

El análisis de estas hipótesis nos ha permitido visualizar las distintas funciones que pudieron haber tenido las manifestaciones de arte rupestre en la zona: lugares cúltricos y ceremoniales, sistemas de señalización específicas ligadas al tráfico regional e interregional, actividades rituales y conmemorativas o, tal vez, funciones meramente estéticas y recreativas.

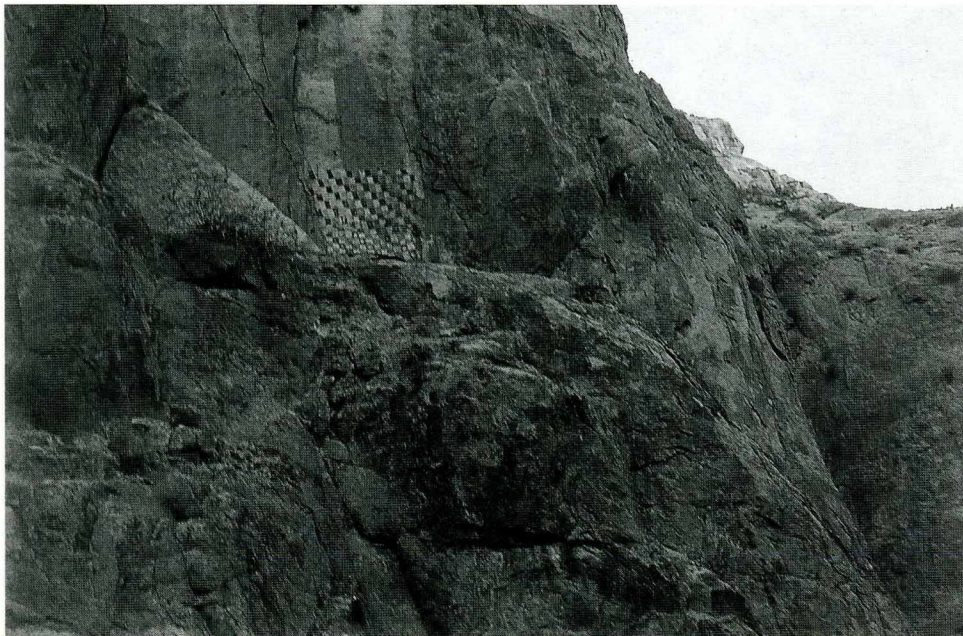
Este complejo sistema de comunicación expresado a través de estas imágenes visuales responde a un sistema de comunicación, razón por la cual es compleja la lectura de un signo en forma aislada puesto que significaría su descontextualización y por lo tanto la aprehensión del significado sería parcial. Por esta razón, entendemos que la lectura de estos mensajes la hemos planteado en forma global integrando diversos testimonios de la Cultura Material que fueron dejadas por el hombre.



Petroglifo. San Lorenzo, valle de Azapa.



Pictografía. Alero de Piñuta, Putre. Figura de felino (fotografía Calogero Santoro).



Pictografía. Molle Grande, Altos de Codpa. Figura ajedrezada.

6. ANÁLISIS SOBRE ALGUNOS RASGOS FIGURATIVOS Y CEREMONIALES EN EL CONTEXTO DE LAS POBLACIONES PREHISPÁNICAS

Las evidencias de poblados, rutas y arte rupestre que hemos descrito y discutido, corresponden a testimonios que fundamentan que tanto en los valles serranos como en la costa, las sociedades prehispánicas eran profundamente conocedoras del medio, esto como consecuencia de una larga historia cultural. De tal manera que, más allá de lo funcional, estos hallazgos están dentro de una estructura holística, en donde lo ceremonial también tuvo una gran connotación. Así por ejemplo, en los caminos se halla una serie de puntos sagrados —*apachetas*— donde los viajeros llevaron a cabo ceremonias y ritos votivos (Turner 1971). En otros casos, estos mismos caravaneros ofrendaban a los cerros —*wacas*— ya sea comida, plantas o sacrificando algún animal, especialmente ganado. Este respeto por el uso y explotación del espacio donde se mezcla lo sagrado con lo profano, también es posible detectarlo en las manifestaciones de arte rupestre, obras artísticas realizadas por pastores y viajeros, en especial en lugares de descanso, o en determinados espacios estratégicos donde se integraba una interesante vista panorámica con un fuerte contenido mágico-religioso, caminos troperos, recursos de agua y una fuerte interacción económica social. Sin embargo, es difícil plantear que estas obras artísticas fueron hechas como sistemas de señalizaciones para guiar el intenso tráfico por el desierto o que cumplieron funciones estéticas reflejadas por una variada gama de motivos con una equilibrada plasticidad. También, es lógico pensar que detrás de estas manifestaciones artísticas hubo ideas y mensajes específicos a los grupos que vivían y se movilizaban por el desierto.

En este capítulo nos atreveremos a reflexionar en el contexto de la relación imágenes y lectura sobre el significado de tres figuras clásicas representadas en el arte rupestre y en otros rasgos de la cultura material, como son: el ajedrezado, el sacrificador y el felino.

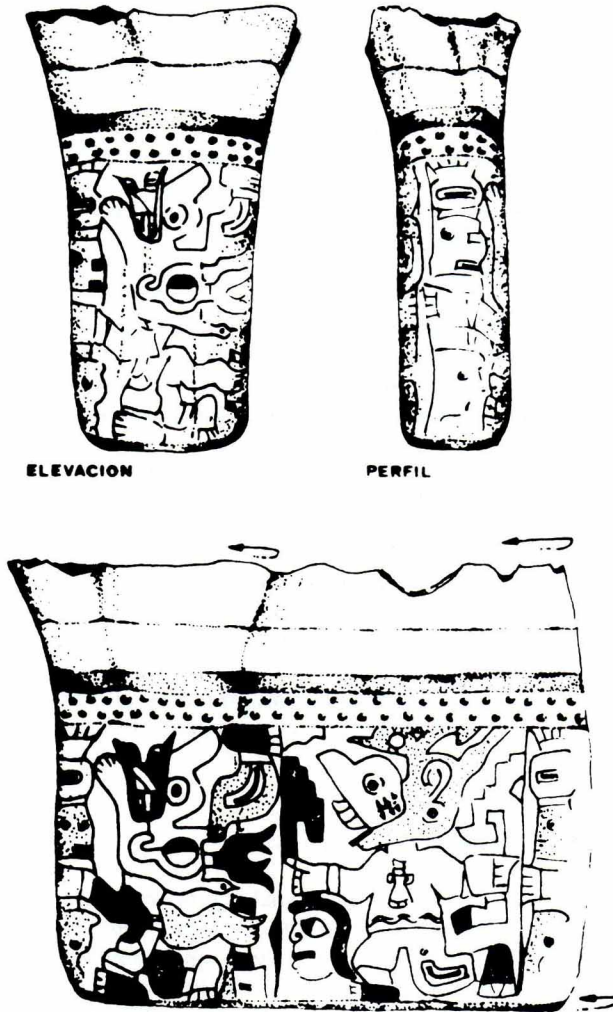


Figura 8. Iconografía. Caja de hueso pirograbada figura del sacrificador. Sitio Az-75, valle Azapa.

El ajedrezado, figura que se halla representada en el sector alto del valle de Codpa, muy cerca del poblado Inca de Mollegrande 1 y del tambo incaico Mollegrande 2, está pintada de color blanco y rojo; también se halla un ejemplar en el sitio de Ofrajía. Al buscar algún análisis comparativo lo tenemos en el escudo de los Ayaviri, Mallkus de Charcas, como también, en los *unkus* de los Incas Inka Yupanqui y Wayna Kapaq. Un análisis estructural de esta figura realizado por Arce y Medinacelli (1991), la vincularía al establecimiento del orden político, equilibrio y entendimiento. Es interesante destacar que antes que arribara el Inka en la sierra y valles altos de Arica estos espacios eran de integración y conflicto siendo los mejores testimonios los pukaras y poblados de altura. Esta situación supone que dicha pintura tal vez fue hecha con el propósito de reflejar la presencia Inka en el valle de Codpa en un contexto de orden y equilibrio.

La segunda figura está constituida por el sacrificador con la cabeza cortada; esta imagen que perdura por varios cientos de años en los valles ariqueños es representativa del Período Medio (200-1.200 dC). Se representa con el rostro felinizado, altamente decorado con motivos zoomorfos y geométricos; algunos llevan objetos ceremoniales en sus manos como tabletas de rapé o hachas. Más allá de la relación entre sacrificador y la representación del felino como lo plantea Núñez (1964) o del poder, como lo ha sugerido Cervellino (1992), pensamos que esta figura estaría vinculada al proceso de influencia cultural ejercido por Tiwanaku, donde el sacrificio, practicado en guerras rituales habría tenido como objetivo el de mantener el orden y el equilibrio, lo cual habría permitido una cohesión social entre los grupos en conflicto.

La tercera figura se relaciona con la del felino, la que se vincula con la fuerza. Está presente desde épocas tempranas de la prehistoria regional mostrando, en muchos casos, una representación humanizada o ferORIZADA, lo cual lo relaciona a mitos de origen del hombre. Sin embargo, también es interesante abordar esta imagen como lo plantea Arce y Medinacelli (1991) dentro de la estructura de salvajismo y libertad conceptualizada a través de una naturaleza libre no ordenada, lo cual vendrá a ser la antítesis de la lectura dada para las dos figuras anteriores.

En una estructura del opuesto complementario, como es el pensamiento de la sociedad andina, es lógico suponer que en el pasado, así como hubo figuras que simbolizaron orden y equilibrio siendo representativas de poblaciones dominantes como fueron Tiwanaku e Inka, también hubo otras que significaban lo opuesto, siendo éstas simbolizadas por animales no domesticados en especial las aves rapaces (cóndor) y felinos, cuya identidad se enmarcaba en los mitos de origen.

De este análisis se desprende que muchas de las imágenes pintadas, talladas o dibujadas en paneles, configuraron un todo en el pensamiento del artista. En la descomposición de cada diseño, se tiene una lectura de las figuras primarias que al analizarse en un contexto mayor, de varios diseños relacionados, estructurarían una lectura de síntesis.

CONSIDERACIONES FINALES

El análisis presentado en torno a cómo pudo haber funcionado la estructura organizativa de las sociedades prehispánicas del norte de Chile, se hizo sobre la base de antecedentes concretos: asentamientos habitacionales, sitios con expresiones rupestres, vinculados como centros rituales y senderos, testimonios del tráfico caravanero. Si bien es cierto expresiones de arte rupestre y caminos involucran procesos de caza-recolección y agricultores tempranos, dentro de determinados espacios de la serranía, valle y costa, el énfasis del trabajo está dado en la evaluación y análisis de evidencias correspondiente al Período Prehispánico Tardío (Desarrollo Regional e Inka).

Los indicadores para poder correlacionar estas evidencias están dados por cronologías afines en los poblados, patrones estilísticos presentes en los diseños rupestres y los nexos viales que integraron poblados entre sí y en varios casos relacionados directamente con manifestaciones de arte rupestre.

Sin embargo, un aspecto fundamental para desarrollar este ensayo es haber considerado la visión integral del espacio andino del norte de Chile. Además, haber tenido presente que este proceso sistémico de organización de las sociedades andinas, se dio dentro de un contexto gradual en el tiempo. Éste se fue implementando en la medida en que las sociedades prehispánicas fueron desarrollando tecnologías y producción, elementos fundamentales para que se articulara el tráfico regional y la integración de los pueblos enclavados en las distintas zonas ecológicas.

En este análisis, donde se trata de explicar cómo se articularon social y económicamente los pueblos prehispánicos, también es importante resaltar las connotaciones vinculadas con el sistema ideológico y religioso, las que fueron expresadas a través del arte rupestre. La estrecha relación que hemos podido visualizar entre petroglifos y poblados, geoglifos con senderos y las pictografías con el paisaje natural, indica que estas manifestaciones respondieron a una organización conceptual del espacio. En este contexto, la elaboración de diseños en diferentes técnicas, respondió a necesidades individuales ligadas con la espiritualidad del sujeto y a las necesidades del grupo humano que lo identifica. Así por ejemplo, es común observar entre petroglifos y geoglifos, personajes con atuendos y adornos que involucran poderes y rasgos de estratificación social, o figuras de animales con poderes naturales. Lo mismo en relación a la caravana, cuando ésta se representa repetidamente en los diferentes espacios de tráfico. Estos ejemplos explican la connotación que tuvo el arte rupestre desde la perspectiva ideológica, donde diversos elementos ligados a la vida se integran entre sí, constituyéndose en imagen votiva que adquiere validez, tanto para el individuo autor, la comunidad en que está inserto y generaciones de hombres posteriores. En este contexto, pensamos que las expresiones de arte rupestre pudieron haber alcanzado una connotación simbólica de identidad, con respecto a los grupos asentados en los valles serranos y costeros de Arica.

El planteamiento anterior se sustenta aún más, si consideramos otro tipo de figuras artísticas presentes no sólo en el arte rupestre, sino que en la cultura material (tejidos, maderas y cerámicas) dejada por las poblaciones prehispánicas donde las figuras de felino, cóndor, sacrificador, ajedrezado, podrían estar reflejando un ordenamiento social del grupo que las plasmó, con la intención de influir ideológicamente en otras poblaciones.

El progresivo desarrollo que el hombre prehispánico fue alcanzando en el tiempo, permitiendo un perfeccionamiento y crecimiento de los sistemas viales concomitantemente con el desarrollo de los poblados, enriqueciendo asimismo con diversidad las expresiones en el arte rupestre, todo esto motivado por una estructura económica de carácter complementario que involucró varios espacios ecológicos. La importancia de las vías de comunicación es advertida por los Inkas quienes mejoraron los caminos dejados por las poblaciones que los antecedieron, trazando una red vial por la sierra de Arica, a la altura de los 3.000 msnm, que incluso incorporó desde el punto de vista técnico, elementos de piedra para consolidar los caminos, facilitando el desplazamiento de hombres y animales. La construcción y perfección de esta red vial permitió que los valles de Arica se integraran política y económicamente al Tawantinsuyo (Santoro *et al.* 1987; Muñoz y Chacama 1991; Álvarez 1991; Hyslop 1992).

Para concluir diremos, que la hipótesis de entender el arte rupestre en una relación sistémica con los asentamientos humanos y las evidencias de comunicación, nos permite tener una visión global de cómo se fueron organizando sistemáticamente los pueblos andinos prehispánicos en un espacio desértico tan particular por las variantes ecológicas como lo es el extremo norte de Chile. Pensamos que un profundo análisis metodológico de los contextos culturales, planteados dentro de una visión antropológica, nos permitirá aproximarnos a una visión del mundo relacionada con sucesos ideológicos que ocurrieron hace miles de años, muchos de los cuales están reflejados en los símbolos rupestres, tal como lo plantea Geertz (1973) en su análisis sobre los símbolos y la visión del mundo.

AGRADECIMIENTOS

Agradecemos a nuestros amigos y colegas de trabajo José Raúl Rocha y Gustavo Espinosa, quienes nos ayudaron a graficar nuestras ideas. Además merece nuestros agradecimientos la arqueóloga Persis Clarkson de la Universidad de Winnipeg, Canadá, quien leyó el trabajo y aportó ideas que fueron consideradas en el texto.

BIBLIOGRAFÍA

ÁLVAREZ, L.

- 1991 Etnopercepción andina del espacio, valles dulces valles salados en la vertiente occidental de los Andes. *Diálogo Andino* N° 10. Arica.

ARCE, S. y X. MEDINACELLI

- 1991 *Imágenes y Presagios. El escudo de Ayaviri, Mallkus de Charcas*. Hisbol. La Paz.

ARRIAGA, J.

- 1621 *Extirpación de la ideolatría del Pirú*. Biblioteca de Autores españoles. Ed. Atlas Madrid, 1968.

BOUISSE-CASSAGNE, T. y O. HARRIS

- 1987 Pachá: En torno al pensamiento aymara. *Tres reflexiones en torno al pensamiento andino*. Ed. Hisbol La Paz.

BOWMAN, I.

- 1924 *Desut Trails of Atacama*. American Geographical Society, Special Publication N° 5 edited by G.M. Wrihly-New York.

BRIONES, L.

- 1985 *Arte Rupestre*. Culturas de Chile. Santiago 1985.

- 1994 Informe de avance proyecto Arte y Patrimonio en la ruta de la plata. O.E.A. UTA, 1995-1996.

BRIONES, L. y J. CHACAMA

- 1995 Rutas y sistemas de arte rupestre en el desierto Tarapaqueño. Ponencia presentada al Congreso Internacional de Arte Rupestre, Arica.

CAVAGNARO, L.

- 1988 *Materiales para la Historia de Tacna*. Tomo II. Dominación hispánica. Ed. Cooperativa San Pedro, Tacna.

CERVELLINO, M.

- 1992 La imagen del sacrificador en el arte rupestre en la región de Atacama. *Contribución Arqueológica* N° 4, Copiapó

CUNEO V., R.

- 1977 *Historia de los cacicazgos hereditarios del sur del Perú*. Editorial Ignacio Prado, Lima.

CHACAMA J. e I. MUÑOZ

- 1991 La cueva de la capilla: Manifestaciones de arte y símbolos de los pescadores arcaicos de Arica. *Actas del XI Congreso Nacional de Arqueología Chilena*.

CLARKSON P.B.

- 1994 The cultural insistence of geography the Andean and Southwestern phenomena. *Recent research in the Lower Colorado River*, ed. J.E.330, pp. 149-177 Statistical Research, Technical Series N° 51.

CLARKSON P.B.

- 1997 Geoglyphs an Caravan Trail of the Tarapacá Desert. Annual Meetings of the Society for American Archaeology Nashville.

DAUELSBERG P.

- 1960 Contribuciones al estudio de la arqueología del valle de Azapa. *Antiguo Perú, Espacio y Tiempo*, pp:273-296. Editorial Juan Mejía Baca, Lima.

- 1983 Investigaciones arqueológicas en la sierra de Arica. *Chungará* N° 11. Arica.

DIEZ DE SAN MIGUEL, G.

- 1964 Visita hecha a la Provincia de Chucuito. 1567 a 1667. Ed. de la Casa de la Cultura del Perú Lima.

EPOUEYS O.

- 1997 En torno al surgimiento de la Cultura Arica. *Actas del XIII Congreso de Arqueología Chilena*.

FOCACCI, G.

- 1981 Descripción de un cementerio en el valle de Azapa, *Chungará* N° 7, de Arica.

GALDAMES, L.

- 1990 Apacheta: La ofrenda de piedra. *Diálogo Andino* N° 9, Arica.

GALLARDO, F.; V. CASTRO. y P. MIRANDA

- 1990 Jinetes sagrados en el desierto de Atacama: Un estudio de Arte Rupestre Andino. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* A:27-56.

GEERTZ, C.

- 1973 *Visión del mundo y análisis de símbolos sagrados*. Pontificia Universidad Católica del Perú. Lima.

- GISBERT, T.
1991 *Los Chullpares del río Lauca y el parque Sajama*. Academia nacional de Ciencias de Bolivia. La Paz.
- GORDILLO, J.
1987 *Indicadores culturales en el complejo arqueológico de San Francisco de Miculla: Una aproximación*. Instituto Nacional de Cultura, Tacna, Perú.
- HIDALGO, J.
1996 *Relaciones protohistóricas interétnicas entre las poblaciones locales y altiplánicas en Arica. La integración sur andina, cinco siglos después*. Instituto Bartolomé de las Casas, Cuzco, Perú.
- HYSLOP, J.
1992 *Qhapaqñam. El sistema incaico*. Instituto Andino de Estudios Arqueológicos. Lima
- LÓPEZ-BELTRÁN, C. e I. BALLESTERO
La ruta de la plata-Potosí. Introducción histórica y trazado de la ruta. Informe para la BBC, fotocopiado.
- MOSTNY, G.
1971 *Prehistoria de Chile*. Ed. Universitaria, Santiago.
- MUÑOZ, I.
1981 La aldea de Cerro Sombrero en el período de Desarrollo Regional de Arica. *Chungará* N° 7. Arica.
1986 La Cultura Arica: Un intento de visualización de relaciones de complementariedad económico social. *Diálogo Andino* N° 6. Arica.
1989 Perfil de la Organización económica-social en la desembocadura del río Camarones. Períodos Intermedio tardío e Inca. *Chungará* N° 22. Arica.
- MUÑOZ, I. y J. CHACAMA
1982 Investigaciones arqueológicas en las poblaciones precerámicas de la costa de Arica. *Documento de trabajo* N° 2, Arica.
- MUÑOZ, I.; J. CHACAMA y G. ESPINOSA.
1987a La ocupación prehispánica tardía en Zapahuira y su vinculación a la organización social y económica Inca. *Chungará* N° 18. Arica.
- MUÑOZ, I.; J. CHACAMA. y G. ESPINOSA.
1987b El poblamiento prehispánico tardío en el valle de Codpa. Una aproximación a la historia regional. *Chungará* N° 19. Arica
- MUÑOZ, I. y J. CHACAMA
1988 Cronología por termoluminiscencia para el período Intermedio tardío y Tardío en la sierra de Arica. *Chungará* N° 20. Arica.
- MUÑOZ, I. y J. CHACAMA
1991 El inca en la sierra de Arica. *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*. Tomo II. Temuco.
- MUÑOZ, I. y M. SANTOS.
1996 La waka de Atoca: alfarería Wari en Arica? *Actas del XIII Congreso de Arqueología Chilena*. Tomo II.
- MUÑOZ, I. y J. ROCHA
1997 Patrones arquitectónicos habitacionales y funerario en la sierra de Arica. Sector Codpa - Miñita. Informe Fondecyt.
- MURRA, J.
1972 El control vertical de un máximo de pisos ecológicos en la economía de las sociedades andinas. Univ. H. Valdizán. *Visita de la Provincia de León de Húanuco (1562)* Por Iñigo Ortíz de Zúñiga. Húanuco. Perú.
- NIEMEYER, H.
1962 Tambo incaico en el valle de Collacahua, (Provincia de Tarapacá). *Revista Universitaria*. Año XLVII Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago.
1972 Las pinturas rupestres de la sierra Arica. *Enciclopedia moderna de Chile*. Editorial Jerónimo de Bibar. Santiago.
- NIEMEYER, H.; SCHIAPPACASSE, V. e I. SOLIMANO
1971 Patrones de Poblamientos en la Quebrada de Camarones (Provincia de Tarapacá). *Actas del VI Congreso Nacional de Arqueología Chilena*. Santiago.

- NIEMEYER, H. y V. SCHIAPPACASSE
 1981 Aporte al conocimiento del período tardío del extremo norte de Chile. Análisis del Sector Huancarane del valle de Camarones. *Chungará* N° 7. Arica.
- NÚÑEZ, L.
 1964 El sacrificador. *Noticiero Mensual* 96. Museo Nacional de Historia Natural, Santiago.
 1976 Geoglifos y tráfico de caravanas en el desierto chileno. Tomo *Homenaje al R.P. Gustavo Le Paige*. Universidad del Norte Chile.
 1983 Petroglifos y trueque en el desierto Chileno. *Estudios de Arte Rupestre*. Santiago.
- NÚÑEZ, L. y T. DILLEHAY
 1979 *Movilidad giratoria, armonía social y desarrollo en los Andes meridionales*. Patrones de tráfico e interacción económica. Universidad del Norte, Antofagasta.
- RIVERA, M.
 1991 The Prehistory of Northern Chile: A Synthesis. *Journal of World Prehistory*.
- ROSTWOROWSKI, M.
 1977 *Emia y Sociedad. Costa Peruana Prehispánica*. Instituto de Estudios Peruanos. Lima.
 1986 La región del Colesuyo, *Chungará* N° 16-17. Arica.
- SANHUEZA, J.
 1978 Prospección y evaluación de sitios arqueológicos en Isluga, altiplano de la I Región, Chile. Informe de Dirección de Investigaciones, Universidad del Norte, Iquique, Chile.
- SANTORO, C.
 1983 Camino del Inca en la sierra de Arica. *Chungará* N° 10. Arica.
- SANTORO, C. e I. MUÑOZ
 1981 Patrón habitacional incaico en el área de Pampa Alto Ramírez. *Chungará* N° 7. Arica
- SANTORO, C. y J. CHACAMA
 1982 Secuencia cultural de las tierras altas del área Centro Sur Andina. *Chungará* N° 9 Arica.
- SANTORO, C. y P. DAUELSBERG
 1985 Identificación de Indicadores, Tempo-Culturales en el Arte Rupestre en el extremo norte de Chile. *Estudios de arte rupestre*. Museo de Arte Precolombino. Santiago.
- SANTORO, C.; J. HIDALGO y A. OSORIO
 1987 El estado Inca y los grupos étnicos en el sistema de riego de Socoroma. *Chungará* N° 19. Arica.
- SCHIAPPACASSE, V.; V. CASTRO y H. NIEMEYER
 1989 Los Desarrollos Regionales en el Norte Grande. Culturas de Chile. *Prehistoria*. Ed. Andrés Bello. Santiago.
- SQUAIER, G.
 1877 *Perú Incidents of travel and exploration in the Land of the Incas*. New York, Hokper and Brothers. Ed. en castellano por los Amigos del Libro. La Paz, Cochabamba, 1974.
- TILLEY, C.
 1990 *Reading material culture: Structuralism, hermeneutics and post structuralism*. Blackwell, Oxford utand. Cambridge U.S.A.
- TURNER, V.
 1971 *Simbolismo y ritual*. Pontificia Universidad Católica del Perú. Lima.
- VAN KESSEL, J.
 1976 La pictografía rupestre como imagen votiva (Un intento de interpretación antrop.). *Homenaje al R.P. Gustavo Le Paige* S.J. pp: 227/244. Antofagasta.